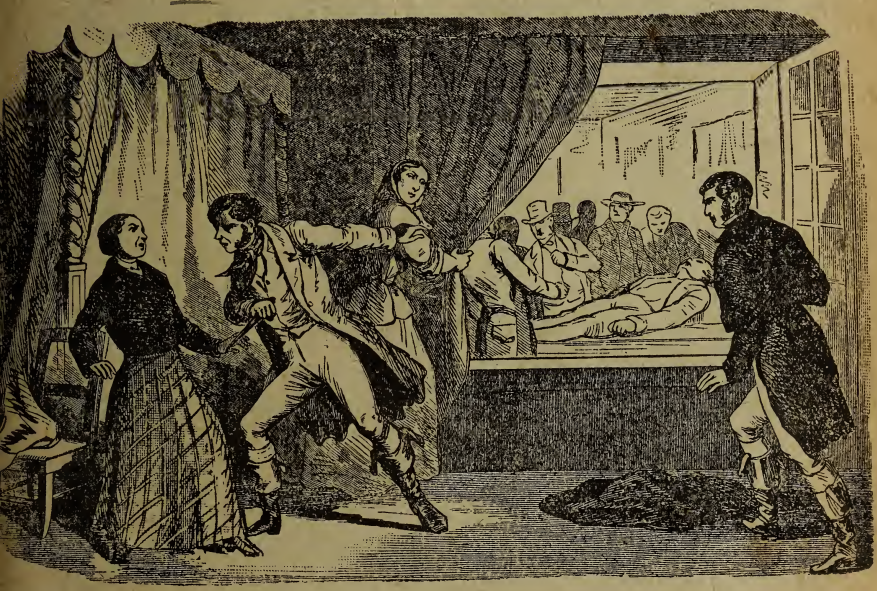
4844

Fualdés

ó

El crímen de Ródez



Melodrama en 5 actos, divididos en 8 cuadros

arreglado á la escena española

POR

ANTONIO SALTIVERI

PRECIO: 2 PESETAS

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

MADRID

FUALDÉS

Ó

EL CRIMEN DE RÓDEZ

Drama en cinco actos

DIVIDIDOS EN OCHO CUADROS

arreglado á la escena española

POR

ANTONIO SALTIVERI

Estrenado con gran éxito
en el «Teatro de la Princesa» de Valencia
la noche del 14 de Diciembre de 1912.

PRECIO: 2 PESETAS

SAN FELIU DE LLOBREGAT

Calle Laureano Miró, 202, imprenta.

1913

REPARTO

Personajes	Actores
TOMASA	Sra. Rodríguez.
CLARA MANSÓN	» Pastor.
MAGDALENA	» Latorre.
FUALDÉS	Sr. Buxens.
BASTIDE	» Ballart.
JANSON	» Peralta.
MAURICIO (Conde de San Aldeol)	» Latorre.
PEDRO BANCAL	» Bañeras.
ANDRÉS	» Torres.
REMY	» Muñoz.
EL JUEZ SANVETERRE	» Montesinos.
SIMPLICIO	» Fabra.
INVITADOS 1.° Y 2.°	» N. N.
ESCRIBANO	» Albeldo.
CRIADO	» Cortés.
UN TAMBOR	» N. N.

GENDARMES, BURGUESES, ALDEANAS Y ALDEANOS.

La escena en Ródez en 1817.

Esta obra es propiedad de don Antonio Saltiveri y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en los países con los cuales se haya celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

La plaza de la Anunciatta en Ródez. A la derecha la casa de Fualdés. A la izquierda el café Rose Geral. Varias tiendas de mercaderes forasteros.

ESCENA PRIMERA

ANDRÉS, SIMPLICIO, ALDEANOS, MERCADERES y SOLDADOS. Una orquesta en el fondo. Los burgeois bailan al son de la música militar, los aldeanos al son del organillo de Andrés que está montado encima de un banco. Cuadro animado de una fiesta de Villa.

AND. (Después de la contradanza) ¿Estáis contentos, amigos míos?

SIM. Si, si muy bien. ¡Viva Andrés!

TODOS. ¡Viva!

SIMP. Gracias, Andrés. No hay fiesta en que nuestros mozos y mozas bailasen mejor que al compás de tu organillo!

AND. Cada uno cumple según sus aptitudes. ¿No es cierto? Vos, Simplicio, que sois pescador, me habéis regalado un plato de pescado frito, y un vaso de buen vino; yo que soy organillero es justo que os obsequíe con música.

SIMP. ¡Qué lástima, querido Andrés, que no te quedes entre nosotros, en lugar de correr por esos mundos con el organillo al hombro!

AND. Ya habría podido quedarme, tío Simplicio. ¡Ay! Pero no hablemos más de eso. Siempre que me acuerdo de Magdalena, tengo más ganas de llorar que de reir!

SIMP. Si, entiendo, la hija de Pedro Bancal es una buena muchacha, pero lo que toca á sus padres... Si tuviera yo un hijo, no permitiría que se casara con la hija de Bancal.

AND. (Mirando al foro izquierda.) Silencio! Miradlos. Vienen con Magdalena. (Al ver á Bancal, todos los aldeanos retroceden con muestras de repulsión.)

ESCENA II

Dichos, BANCAL, TOMASA y MAGDALENA.

TOM. ¿Qué pasa? ¿Qué hay? Os damos miedo!

AND. No será á mi, por cierto. Buenos días, señorita Magdalena.

675213

MAG. Buenos días, Andrés. (Afectuosa.)

TOM. (Agriamente.) Se retiran al acercarnos cual si fuésemos fieras!

BANCAL. Somos pobres; eso es todo! No hacían lo mismo cuando poseía yo una quinta á pocas leguas de Ródez.

TOM. Si, entonces todos iban á beber de tu vino y comer de tus bienes.

BANCAL. Eso fué antes de la muerte de mi primera mujer.

MAG. (Tristemente.) De mi pobre madre, á la que no he conocido!

TOM. ¿Es que no soy yo también tu madre? ¿No soy la esposa de tu padre, y te alimento, y te visto, perezosa?

AND. (Aparte.) Pobre niña! La tiene todo el día trabajando como un jumento.

TOM. Y todavía no está contenta!

BANCAL. Vaya, mujer, no nos enfademos.

SIMP. Será capaz de pegarla delante de nosotros!

TOM. La pegaré cuando me acomode. A nadie le importa eso, estamos!

AND. Tío Simplicio, no hagais enfadar á la señora Tomasa.

TOM. Imbécil! Quieres adularme porque crees que te daré á Magdalena! ¿No ves tonto que ella no te puede sufrir?

MAG. Yo no he dicho eso! Yo estimo á Andrés como amigo, pero jamás podría amarle como él quiere.

BANCAL. ¿Comprendes, muchacho? Tienes que renunciar á ella.

AND. Si, todo lo comprendo. La causa de ello es que el señor Bastide la ronda todos los días.

MAG. (Con reproche.) ¡Andrés!

TOM. (Irónicamente.) ¿No observas que la ofendes? Ella escucha á un hombre solamente, suspira por su Mauricio.

AND. ¿Quién es ese Mauricio?

BANCAL. Un pobre diablo, un huérfano que fué educado por un anciano sacerdote que Magdalena conció cuando era pequeña en la quinta que habitábamos cuando éramos ricos.

TOM. Los niños crecieron juntos, pero un día, en la época de los ingleses y los cosacos, el pájaro voló, marchóse el tal Mauricio sin que hayamos sabido más de él!

MAG. Sucumbiría en el campo de batalla, como tantos otros pobres soldados!

AND. (Tímidamente.) Así no esperais nada... nada, Magdalena!

MAG. No. Hace dieciocho meses que no tengo noticias. No espero volver á verle! Oh! Andrés, no hablemos más de esto!

ARD. (Suspirando.) Basta, pues! Me callaré... por no darte pena.

TOM. (A Magdalena.) ¿De manera que piensas comer toda tu vida á mis expensas?

MAG. (Con firmeza.) Hablándome de estas cosas, me hacéis más desgraciada aún. Pegadme, matadme, pero no me habléis de otro amor!

TOM. Estúpida! (Atraviesan varios grupos.)

BANCAL. (A Tomasa.) Vamos, silencio! Repara la gente que siempre dice que somos malos. Si te oyesen!...

TOM. ¿A mí que me importa?

SIMP. Ah! Mira también á la señora Mansón! (Mirando al foro.)

AND. Y las personas más distinguidas del pueblo. El Alcalde, la Alcaldesa su esposa, el Prefecto con su señora.

BANCAL. La señora Mansón viene con su hijo Eduardo.

ESCENA III

Dichos, señora MANSON, luego JANSON. La señora lleva de la mano á su hijo, de cuatro años, atraviesa el teatro y se detiene. Janson aparece detrás de ella.

BANCAL. (Bajo á Tomasa.) Mira el señor Janson. La sigue como de costumbre.

CLARA. (Aparte reparando en los Bancal.) Ah! son ellos! Pero delante de toda esa gente fuera una imprudencia. Más tarde, más tarde.

(Hace un signo de cortesía á Magdalena que la saluda como los Bancal, y se aleja en el momento que Janson le ofrece su brazo, ella rehusa y se vá izquierda.)

BANCAL. (Bajo á su mujer) Ha rehusado aceptar su brazo cuando deben casarse!... Parece que hay marejada!

JAN. Oh! Yo la encontraré! (Mutis foro.)

AND. A quién no veo es al señor Bastide, ni al digno señor Fualdés.

TOM. ¡Qué! ¿qué es lo que dices? Digno el señor Fualdés. Ese pícaro bonapartista!

AND. Yo respeto las opiniones políticas, pero para mí, el señor Fualdés es el bienhechor del país y su digna esposa también.

TOM. Son unos egoistas, nada más.

BANCAL. (Suavemente.) Vamos, vamos, mujer. A nosotros nos ha socorrido cuando lo hemos necesitado.

TOM. Cállate tú! Si nos ha socorrido es porque tenía miedo! Fualdés, antiguo procurador imperial, teme nuestra venganza! Ahora que la causa de los pobres triunfa, él que siempre nos ha atormentado con pretexto de que recibíamos en nuestra casa á los desertores y contrabandistas de tabaco. Pero gracias á Dios ya no manda su gobierno, y la policía nos deja más tran-

quilos en nuestra casa. En cambio, el señor Bastide no deja de venir á vernos, distinguiéndonos con su aprecio. Ese es un hombre de bien!

BANCAL. Mírale, ahora sale de casa del señor Fualdés.

ESCENA IV

Dichos, BASTIDE, luego CLARA MANSON

BAS. (Saliendo de la casa de la derecha.) Fualdés está intratable. Dice que necesita el dinero que le debo... Pues que ande con cuidado en tratar con demasiada dureza á Bastide! (cambiando de tono.) Ah! Vosotros aquí? Buenos días Tomasa, buenos días Bancal. (Tocando la barba á Magdalena.) Buenos días, pimpollo.

AND. (Aparte.) (Le ha tocado la barba! Me sublevan estas libertades!)

BANCAL. Hablábamos de vos, señor Bastide

TOM. Y del viejo bonapartista, á quien nosotros odiamos.

BAS. Siempre os ha sido antipático.

BANCAL. Dispensad, señor Bastide, pero él es más poderoso que yo, y siempre me olvido que sois amigos y estáis interesadamente ligados.

BAS. Sí, si estamos ligados en efecto. (aparte.) (Y tan ligados!)

TOM. Si bién con diferentes opiniones políticas.

BAS. (Con gravedad.) Pensad que la máxima de nuestro bien amado Rey Luis XVIII es: Unión y olvido! Gracias á Dios están de regreso los nobles de los buenos tiempos.

BANCAL. Justo. Y en prueba de ello, que hoy se espera al jóven señor del Castillo.

BAS. ¿Quién? ¿El hijo del Conde de San Aldeol?

BANCAL. El mismo. Hijo del que conspiró ha tiempo y que fué juzgado...

TOM. Y fusilado en los fosos del Castillo cuando Fualdés era el acusador público.

BAS. Ignoraba que el Conde hubiera dejado un hijo.

BANCAL. Si, señor, y hoy que el Gobierno le devuelve sus bienes confiscados, viene triunfante á tomar posesión de ellos.

TOM. Hoy mismo llegará y estamos resueltos á demostrarle nuestra simpatia haciéndole una solemne manifestación como en sus buenos tiempos. Y si los bonapartistas protestan duro en ellos!

BAS. Tened cuidado en meteros con la justicia, porque nos han mandado un nuevo Consejero de la Corte Real para perseguir y reprimir todo acto de venganza!

TOM. Ya lo sé, pero el Prefecto es tolerante.

BAS. (Hipócritamente.) A lo menos os pido perdón para

Fualdés. (Para sí.) (Es preciso que yo vea á Janson y consultarle. Sin duda le encontraré en el café.)

BANCAL. Perdonad, señor Bastide, que os dejemos tan pronto; pero el jóven Conde debe llegar cuanto antes y queremos recibirle dignamente.

BAS. Andad, andad. Yo tengo que ocuparme de un asunto muy interesante.

TOM. Salud, señor Bastide.

BAS. Adiós Tomasa. Adiós Magdalena. (Entra en el café.)

AND. (Aparte.) (Ahora no se ha propasado.)

TOM. Vamos, vamos! Yo me encargo de hablar por todos, y presentarle los regalos.

CLARA. (Entrando con el niño Eduardo.) ¿A donde van ustedes?

BANCAL. Al encuentro del jóven Conde de San Aldeol.

CLARA. Dejadme un momento con Magdalena. Ya que la fiesta no es más que una vez al año, quiero hacerla un regalito para su próxima boda.

AND. (Suspirando.) (¿Casarse ella? ¿Como puede ser eso?)

MAG. ¡Oh! Es mucha bondad la vuestra, señora... y no se si merezco...

TOM. Vamos, déjate de cumplidos. Quédate, la señora lo quiere. (En voz baja.) (Ya me dirás lo que te dá, me lo enseñarás, entiendes?) (Alto.) Señora Manson, servidora. (A los otros.) Vamos, seguidme. (Vase seguida de Bancal y aldeanos.)

AND. (Viendo á los que se alejan.) No vá Magdalena. Pues tampoco yo voy.

CLARA. (Después de mirar alrededor; al niño.) Eduardo, juega un poco con Andrés. Id juntos un rato á ver la feria.

AND. Vamos, pues, á divertirnos un poco, señorito Eduardo. (Tomando en brazos.) Eh! y oup! ¡La Caterine! (vánse los dos.) Hasta la vista, señorita Magdalena.

MAG. Adiós, hasta luego.

ESCENA V

CLARA MANSON y MAGDALENA.

MAG. Vírgen Santa, señora, estáis muy inquieta y desasosegada. ¿Habéis tenido alguna desgracia?

CLARA. No hija mía; al contrario, deseo que me ayudes.

MAG. Estoy dispuesta á lo que me mandéis, señora.

CLARA. Gracias, Magdalena; veo que no me he engañado al dirigirme á tí. Hace tiempo que se oculta en Ródez una persona que es muy buena, un oficial, un proscripto.

MAG. Será un oficial de los que sirvieron á Napoleón, á los cuales el pueblo aborrece.

CLARA. Sí y su cabeza está pregonada!

MAG. Dios mío!

CLARA. Si llegaran á descubrir en donde se ha refugiado, corría el riesgo de ser arrastrado por el populacho. Hoy habita una casa aislada de un antiguo jardinero; es la última antes de salir por la puerta de la villa.

MAG. Ya se donde decís.

CLARA. Allí tengo la costumbre de verle en secreto; pero ayer, á pesar de todas las precauciones, sospecho que me siguieron.

MAG. Cielos!

CLARA. Si por desgracia mis sospechas son fundadas, si mi duda llegara á ser verdad, no me será posible entonces seguir visitando al pobre perseguido.

MAG. (Vivamente.) ¿Y quereis que yo me encargue?...

CLARA. (Tomándole una mano.) Sí, Magdalena, de tí no sospecharán aunque vayas y vengas. ¿No es verdad hija mía que no te negarás á ser el ángel de consuelo de ese desgraciado?

MAG. ¡Oh! Jamás. Es un deber sagrado! Es salvar á un hermano!

CLARA. Silencio, vienen. (Aparte.) (Ah! Janson!) (Alto.) ¿Vienes, Magdalena? Vamos á buscar á mi hijo.

ESCENA VI

Las mismas y JANSON.

JAN. (Aproximándose.) Perdonad. (Clara se detiene y le mira.) Una palabra señora.

CLARA. (Indecisa.) ¿A mí?

JAN. No me la rehuséis, por favor, señora.

CLARA. (Después de reflexionar un rato.) Magdalena, ve á esperarme en la feria.

MAG. Allí os esperaré, señora. (Mutis.)

ESCENA VII

CLARA y JANSON.

CLARA. (Con aire de alguna impaciencia.) Hablad ya. ¿Qué deseáis?

JAN. Señora, quiero pediros una explicación acerca de vuestro proceder para conmigo. Hace algún tiempo que evitáis toda ocasión de que nos encontremos.

CLARA. (Indecisa.) Os equivocais; habrá sido casualidad.

JAN. (Cambiando de tono.) Hablemos sinceramente. En otro tiempo escuchabáis con más indulgencia la impresión del amor que me habéis inspirado.

CLARA. Hay que convenir en que efectivamente se ha operado en mi espíritu un cambio, lo mismo que en mis sentimientos.

JAN. Ah! Es que habéis olvidado la promesa que me hicistéis de ser mía... mía para siempre? (Con cólera reprimida.) Sí. Tal vez os habrán aconsejado ese cambio, influído en vuestro ánimo, diciéndoos que mi fortuna estaba comprometida y que mi enlace con vos obedecía á una expeculación odiosa.

CLARA. No es de extrañar que haya consultado con un amigo antiguo de mi familia.

JAN. Luego lo confesáis?

CLARA. Era una obligación en mí, porque soy una viuda de veinte años, y madre de mi tierno niño, por quien debo velar y pensar mucho en darle un segundo padre.

JAN. (Iracundo.) Reconozco en todo eso la mano de Fualdés, de ese hombre funesto para mí. ¿No es cierto, señora, que es él, el sabio magistrado, el que os ha inducido á ser perjura?

CLARA. (Dignamente) ¿Con qué derecho me interrogais así? ¿Pretendéis que haga traición á una confidencia amistosa, que divulgue mi secreto?

JAN. Veo que me habéis tomado por juguete vuestro, señora, sin calcular que estoy mejor informado de lo que creeis.

CLARA. ¿Qué quereis decir?

JAN. Que si me hubieséis amado, no hubieráis hecho caso de esas confidencias, que sólo entrañan una especie calumniosa para mí... á no ser que me hayáis reemplazado en vuestro cariño por otro hombre más afortunado.

CLARA. Otro hombre! Jesús!

JAN. Confesad lealmente que tengo un rival.

CLARA. ¡Oh! ¡No! Os lo juro por lo más sagrado!

JAN. (Vivamente.) Permitidme que dude de vuestra palabra y que aumente más mis temores. No soy tan ciego, señora.

CLARA. No os comprendo.

JAN. (Bajando la voz.) Me comprenderéis cuando os diga que conozco una casita aislada cerca de las afueras.

CLARA. (Aparte turbada.) (¡Dios mío!)

JAN. Debo deciros que os han visto entrar varias veces en esa casa misteriosa...

CLARA. (Aparte.) (Es él quien me ha hecho expiar!)

JAN. No me lo negaréis, verdad?

CLARA. (Aparte.) (No hay que perder momento. Es necesario que mi hermano se aleje mañana mismo.) (Alto.) No abusaréis de un secreto que puede comprometer el porvenir y la reputación de una señora!

JAN. Oid mi última palabra, Clara. Si yo no puedo hacerme amar... puedo hacerme temer, lo oís?

(Cogiéndola por un brazo.) Aseguradme que cumpliréis vuestra promesa!

ESCENA VIII

Los mismos y FUALDÉS derecha.

FUAL. Habláis de promesas, Janson?

CLARA. Señor Fualdés!

JAN. (Aparte con ira.) (Siempre este hombre!)

FUAL. Vos que reclamáis la palabra á otra persona, ¿por qué no cumplís la vuestra?

JAN. (Con impaciencia.) No os entiendo.

FUAL. ¡Ah! ¿No me entendéis?

JAN. ¡Oh! (Lanzándole una terrible mirada.)

CLARA. (Aparte.) (¡Qué mirada! me dá miedo! ¡Oh! si, es preciso que parta!)

FUAL. (Acercándose.) Señora, veo á Andrés allí con vuestro hijo. Parece que os buscan. Permitidme que os ofrezca mi brazo. (La conduce hasta el fondo y vuelve enseguida.)

CLARA. Gracias. (Desparece.) (Janson pasa al lado del café.)

ESCENA IX

JANSON y FUALDÉS.

FUAL. Me place encontraros, Janson.

JAN. Lo creo, porque ligados como estamos... debemos considerarnos complacidos al encontrarnos.

FUAL. Ese tono irónico por vuestra parte me sorprende. ¿Habré faltado, quizás sin querer, á nuestra antigua amistad?

JAN. (Con sarcasmo.) ¡Oh! ¡no!

FUAL. A pesar de la diferencia de nuestras ideas políticas, tanto vos como Bastide, habéis encontrado en mi casa la más cordial acogida. Mi hogar y mi caja han siempre sido abiertas para ambos.

JAN. (Vivamente.) No hablemos de mi. Creo deberos más gratitud que mi cuñado, aún que no fuese más que por el último favor que me hicistéis.

FUAL. Ahora soy yo el que digo que no os entiendo, Janson.

JAN. No os hagais el modesto. Tengo que recordaros que os debo hondo reconocimiento por haberme impedido que hiciera infeliz á una señora, pues habéis conseguido, con vuestros sabios consejos, romper mi casamiento con la señora Clara Mansón.

FUAL. Janson, cuando acuden á consultarme por mi experiencia (con fría dignidad) como antiguo magistrado, solamente aconsejo bajo el sentimiento de un deber y la voz de mi conciencia!

JAN. (Con ira gradual.) Y es la voz de la conciencia, la que os ha inducido á interesaros por una persona casi indiferente, en perjuicio de nuestra amistad?

FUAL. Señor Janson, la inferioridad de vos á mí me releva de daros las explicaciones que me pedís, antes por el contrario, puedo reconveniros.

JAN. ¿Os referís á la cantidad que os debo?

FUAL. Me obligáis á hacerlo ya que no me habláis de ello. Bastide ha venido á mi casa por lo menos; en cambio parece que vos evitáis mi presencia. Varias veces os he escrito, sin obtener contestación.

JAN. (Violento.) Es que probablemente no tendría suficiente suma para poder satisfacer la deuda.

FUAL. (Con animación creciente.) No puedo, sin embargo, conformarme con semejantes razones... Definitivamente. ¿Cuándo pensáis liquidar conmigo?

JAN. Necesito primeramente saber cuanto es lo que os debo!

FUAL. Pues bien, fijemos un día para arreglarlo, por ejemplo, mañana.

JAN. ¡Oh! Jamás habéis estado conmigo tan exigente... y al fin y al cabo esto es recibir una injuria.

FUAL. (Perdiendo la paciencia.) Una injuria! En lugar de escusaros con buenas razones, fingís una susceptibilidad ridícula para envolver nuestro asunto fuera de su verdadero fin. No caeré yo en esta estratagema.

JAN. Pero...

FUAL. Seré breve! Os doy de plazo hasta pasado mañana, día 17.

ESCENA X

Dichos, BASTIDE saliendo del café.

BAS. Te felicito, cuñado; eres más dichoso que yo. A mí sólo me dá hasta el 16 y á tí hasta el 17. Un día más.

FUAL. Basta de bromas, Bastide! Lo que os he dicho esta mañana acabo de repetirlo á Janson. Tengo la necesidad absoluta de fondos.

BAS. Fualdés, no se trata así á los antiguos amigos.

FUAL. He cumplido mi deber de amistad concediéndoos plazo sobre plazo. A vosotros toca ahora cumplir el vuestro.

JAN. Es decir que desconfiáis de nosotros? ¿Qué creéis en peligro vuestro crédito?

FUAL. (Impaciente.) No digo eso, pero...

BAS. Nos creéis insolventes, cuando sabéis que poseo propiedades y tierras; que Janson tiene una buena cartera comercial con crédito suficiente. ¿Qué teméis pues?

FUAL. No temo nada. Quiero mi dinero.

JAN. Verdaderamente no nos tratariáis peor si fuésemos enemigos!

BAS. Como si careciésemos de crédito!

FUAL. Juzgad vosotros mismos vuestra conducta.

JAN. (Colérico.) Procedéis con nosotros como procedería un usurero!

FUAL. (Profundamente lastimado.) ¡Usurero! ¡Yo usurero! ¡Oh! Cuando os presté ese dinero que os reclamo á vos, Bastide, fué para evitaros vuestra ruina, y á vos, Janson, para dejar á salvo vuestro honor. Y me llamáis usurero! Cuando sólo os pido lo que es mío! (A Bastide.) Id, marchad á vender vuestras propiedades. (A Janson.) Y vos, desgraciado, que después de haberos jugado vilmente la suma de un depósito sagrado que obraba en vuestro poder, yo por evitaros la vergüenza que os esperaba, os presté esa cantidad generosamente, y me llamáis usurero! A no ser por mí, no os quedaba más recurso que la infamia ó la muerte que arrebaté de vuestras manos el arma con que ibais á mataros. Esto no os lo perdono!

BAS. }
JAN. } Permitid...

FUAL. Basta, señores! Esa palabra ha roto todos los lazos que nos unían. No veáis en mí al amigo nunca, jamás!

BAS. Las voluntades son libres.

FUAL. No veáis en mí más que á un acreedor severo que sabrá hacer valer sus derechos. Voy á ver un procurador, para que termine el asunto. Vos, hasta el día 17 tenéis tiempo! ni un día más! Vosotros lo habéis dicho; soy un usurero y como tal procedo en consecuencia. Adiós!

(Marcha foro derecha.)

ESCENA XI

BASTIDE y JANSON.

JAN. (Sentándose colérico en una silla del café.) Injuria sobre injuria. La rabia me sofoca!

BAS. Calma, Janson. No debes portarte como un hombre vulgar.

JAN. Echarnos en cara un favor, recordarme un momento de extravío. ¡Ah! si pudiese vengarme!

BAS. (Con calma.) No eres más que un cobarde! Deja, que ya caerá en nuestras manos!

JAN. ¿Tienes algún medio?

BAS. El medio ya lo encontraremos. En tanto medito algo más serio.

JAN. (Levantándose.) ¿Qué es?

BAS. (Bajando la voz.) Si le pagamos la deuda, quedamos arruinados, completamente arruinados.

JAN. Si.

BAS. Pues bueno, mientras tú piensas en vengarte, yo prefiero en pagarle.

JAN. Pero, ¿cómo?

BAS. Puede conseguirse. (Se oyen dentro voces de alegría y el sonido de la campana, salvas, etc.)

JAN. (Mirando á dentro.) ¿Qué es eso?

BAS. Gritos de alegría, aldeanos con ramos... las campanas echadas á vuelo en señal de fiesta. ¡Ah! Es la llegada del joven Conde de San Aldeol, celebrémosla también.

JAN. Sí, tienes razón. El no quiere á los bonapartistas.

ESCENA XII

Los mismos. MAURICIO (el Conde), CABALLEROS, ALDEANOS, BANCAL, TOMASA. Luego MAGDALENA y ANDRÉS.

ALD. ¡Viva monseñor! ¡Viva!

MAU. (Alegremente.) Gracias, muchas gracias, mis buenos amigos, por esta ovación campestre que me recuerda las costumbres de tiempos pasados. Pero por favor, moderad vuestro entusiasmo. (Recibe los ramos y regalos y los dá á los criados.)

ALD. ¡Viva monseñor!

AND. (A Magdalena que entra por la izquierda.) ¿No veis, Magdalena, que gallardo es ese joven Conde?

MAG. San Andeol? ¡Ah! Mauricio! ¡Es Mauricio!

BANCAL. (Bajo á Magdalena.) Ciertamente que es Mauricio el huérfano de antaño. Me ha reconocido al momento.

MAG. (Aparte.) (¡Ah! ¡Dios mío! ¡No me atrevo á acercarme!)

TOM. (Empujándola para que avance.) ¡Levanta la cabeza, que te vea!

MAG. (Aparte.) (¡Dios mío! Mauricio rico y de una gran familia. ¡Oh! Ahora ya no puedo amarle!)

AND. (Aparte.) (¿Qué le pasa á Magdalena?)

MAU. Yo os devolveré vuestros regalos con creces. Haré abrir veinte toneles de los de la última cosecha. Mis colonos quedarán contentos. Y los buenos burgueses aceptarán que les deje cazar en mis cotos en los que abundan los conejos y perdices.

BAS. ¿Conoce el señor Conde nuestro país?

JAN. ¿Cómo, sin haber estado nunca en él?

MAU. Aquí pasé mi infancia y parte de mi juventud.

MAG. (¡Ah! Se acuerda. Yo también.)

MAU. Y por cierto en circunstancias bien difíciles. Fué en la época en que la nobleza se vió forzada á salir de Francia; mi padre, al partir para la emigración, me dejó confiado al cuida-

do del antiguo capellán del castillo. Necesariamente tuve que ocultar mi noble apellido, que entonces era un título proscripto, y bajo el de Mauricio llegué á los veinte años, ignorado de todo el mundo.

MAG. (Para sí.) Ni un recuerdo, ni una palabra de mí! ¡Desdichada!

MAU. La providencia, sin embargo, me reservaba una compensación; al llegar la restauración, fuí á París á reclamar los bienes de mi padre. Gracias á los Príncipes bienhechores, he podido rescatar los bienes de mi familia en cuya posesión pienso hacer revivir, no sus privilegios, sino el bienestar de todos. (Muy contento.) Apadrinaré á vuestros hijos. Y entre vosotras, bellas niñas, escogeré una para premiarla con la corona de rosas. ¿Entendéis? (Fijándose en Magdalena.) ¡Ah! ¿Qué veo? ¡Esos rasgos no me son desconocidos!

BANCAL. Es Magdalena, monseñor.

MAU. (Con interés.) ¡Magdalena! Mi buena Magdalena!

MAG. (Aparte.) (Me reconoce por fin!)

MAU. ¿Qué es eso? ¿Bajas los ojos? ¿Nada me dices? ¿Es que no te acuerdas de mí?

MAG. ¡Oh! Sí, Mauricio! (Rectificándose.) Sí, señor Conde. Tengo buena memoria.

MAU. Y yo también, Magdalena. Y no debo ser ingrato con aquella linda joven que tantas veces hizo gratos los tristes días de mi juventud. Escoge un buen mozo para marido, que de la dote yo me encargo.

MAG. (Aparte.) (¡Un marido!)

AND. (Para sí.) ¡Cáspita! ¡Si pudiera serlo yo! ¡Que gran dicha para mí!

MAG. (Alejándose con tristeza.) ¡Gracias, monseñor, pero yo no me casaré jamás!

TOM. (Para sí.) ¡Que tonta!

MAU. Bah! Todas las mocitas dicen lo mismo, y piensan lo contrario. (A ellas.) ¿Verdad, muchachas?

JÓVENES. ¡Viva monseñor! ¡Viva!

MAU. Ya veis, pues, como no seréis tan desgraciadas con estos nobles, cual os habiáis figurado. (Parándose de pronto y cambiando de tono.) Pero antes, tengo que cumplir el más sagrado de los deberes.

TODOS. ¿Qué dice? (Acercándose con interés.)

MAU. Escuchad, escuchad todos. Estoy satisfecho al veros reunidos en esta plaza, puesto que la declaración que debo y voy á hacer, tiene que ser pública. El Conde de San Aldeol, mi difunto padre, antiguo señor de este país, fué víctima del encono de Bonaparte, siendo condenado y fusilado en esta misma ciudad. En la Corte supe los detalles de aquella espantosa catástrofe. De todos los que juzgaron á mi padre,

unos han muerto, otros han salido del reino, pero aún existe aquí un hombre que tomó gran parte en aquel infame juicio! Ese hombre era antiguo procurador imperial.

TOM. (Vivamente.) ¡Fualdés!

MAU. Sí, Fualdés, ese es su apellido. A ese hombre he jurado no descansar hasta que logre cobrar esa deuda de sangre!

BAS. (Bajo á Janson.) (¿No buscabas vengarte de ese hombre? Ahí tienes quién nos ahorrará ese trabajo!)

JAN. (Idem.) (Quisiera ser yo, vengarme personalmente!)

MAU. ¿Os extremecéis, verdad? Creo que cada uno de vosotros, en mi lugar, haría lo que yo. Si acaso rehusa jugarse su vida con la mía, entonces le mataré, sí! Por la sangre de mi padre la de Fualdés! (Aparece Fualdés y al oir las últimas palabras, se aproxima con calma y serenidad.)

ESCENA XIII

Los mismos, FUALDÉS foro.

FUAL. Habéis pronunciado mi nombre, caballero? Héme aquí.

TODOS. El señor Fualdés!

MAU. ¡El! ¿sois vos? sois vos?

FUAL. (Severamente.) Yo soy Fualdés á quién queréis matar! Yo mismo.

MAU. Soy el hijo del Conde San Aldeol, asesinado inícuamente. Vos fuistéis su acusador, su juez, su verdugo! Y por lo tanto, debéis morir á mis manos.

FUAL. (Con calma.) Os dispenso, caballero, qué el sentimiento filial os haga olvidar el respeto que se debe á un anciano, á quien injuriáis y amenazáis injustamente.

MAU. (Con energía.) Nadie ha de impedirme que cumpla la misión que el mismo Dios me inspira!

FUAL. Y yo, señor Conde, os digo que nada podrá anular ningún acto de mi vida, ni como hombre ni como magistrado! Ved mi casa, esta tarde, cuando hayáis reflexionado con más calma, podéis venir á ella, que yo estará dispuesto á responderos.

MAU. (Dominado por la sangre fría de Fualdés.) Hasta la tarde, pues, señor Fualdés.

FUAL. (Subiendo lentamente las gradas del portal de su casa, se vuelve y sin saludarle nadie de los circunstantes dice.) ¡Hasta la tarde, señor Conde de San Aldeol! (Entra en su casa.)

TODOS. (Con regocijo.) ¡Viva monseñor! ¡Viva!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El despacho de Fualdés. Puertas al foro y laterales. A la izquierda una mesa escritorio. A la derecha un secreter. Sillones, sillas etz,

ESCENA PRIMERA

FUALDÉS y REMY

REMY. (Entrando por la derecha como hablando con alguien de dentro.) Si, señora, tranquilizaos, todo se hará según vuestro deseo.

FUAL. Ah! eres tú, Remy!

REMY. Si señor, dispuesto para salir.

FUAL. A dónde vas?

REMY. ¡Donde quereis que vaya! á llevar limosnas á los pobres.

FUAL. Es muy buena tú señora.

REMY. Mucho, señor, muchísimo. Y lo que me acongoja es que siendo tan buenos y tan caritativos, no encuentran más que ingratitudes.

FUAL. ¡Qué quieres! Es el pago que reciben los que hacen favores! (Levantándose.) Mira, de paso llevarás esos papeles á casa de un procurador. Son los documentos justificativos de las cuentas de Bastide y Janson.

REMY. Bastide y Janson! Ah! señor! mi querido maestro!

FUAL. Qué tienes? Por que suspiras y me miras con ese aire de compungido?

REMY. (Con gravedad cómica.) Me permitís?

FUAL. Habla.

REMY. Jamás me he podido esplicar como una persona de tanta probidad cual vos, que sois de lo mejor entre las gentes honradas y respetables, podáis alternar con esos señores.

FUAL. No se quebranta tan fácilmente una amistad de veinte años! Pero tranquilízate, nuestras relaciones se han enfriado mucho, y luego cesarán en absoluto. Dentro de ocho días me veré obligado á llevarlos ante los tribunales.

REMY. (Con alegría.) Ah! encausarles? perseguirles? Dadme pronto esos papeles, que voy á llevarlos y distribuirlos antes que las limosnas de la señora. Por persegir á Bastide y Janson, recobro mis piernas de quince años. (Mutis por el foro.)

ESCENA II

FUALDÉS sólo, reflexivo.

FUAL. Pobre Remy! Digno y antiguo servidor! Tiene razón en su juicio respecto á Bastide y Janson, todo el mundo me repite lo mismo. Ellos lo han querido. Y ese jóven Conde de San Aldeol. Un enemigo más!... Afortunadamente tengo armas para combatirle. ¡Vienen! es él sin duda. (Viendo entrar á Clara Manson.) La señoña Manson!

ESCENA III

FUALDÉS y CLARA, foro.

FUAL. ¿Podéis decirme el motivo de vuestra visita?

CLARA. Vengo á pediros un favor, caballero.

FUAL. Hablad señora. (La hace sentar.) ¿Necesitáis de mi? Se trata de un consejo? Estoy pronto á dároslo, si bien por el último que os dí, he recibido duros reproches de parte de Janson.

CLARA. Os juro, señor Fualdés, que ninguna confidencia de mi parte ha podido autorizarle á reconveniros.

FUAL. Os creo, y estoy dispuesto á seros útil en lo que penda de mí.

CLARA. Fuistéis muy bondadoso conmigo cuando la liquidación de la herencia de mi madre, al encargaros de la liquidación y al encargaros del depósito del dinero que creía más seguro en vuestra casa que en la mía...

FUAL. Recuerdo. Hace dos años próximamente.

CLARA. Tenía intención de consultaros para colocar esa suma, pero una circunstancia imprevista, un grave interés de familia, me obligan hoy á pediros su devolución.

FUAL. (Sorprendido.) Debe ser poderoso el motivo que á ello os obliga.

CLARA. Perdonádmelo, pero no puedo decirlo.

FUAL. Ni yo insisto, señora, y respeto vuestro secreto. No obstante, yo no esperaba para hoy mismo, un pago de tal consideración.

CLARA. Lo presumo. Por eso os he dicho que esperaba de vos un señalado favor.

FUAL. Mañana debo recibir treinta seis mil francos de mi posesión de Hars. ¿Podríais esperar venticuatro horas?

CLARA. Mañana puede que fuese tarde.

FUAL. Basta, pues, señora, y apesar de lo difícil que me es satisfaceros os lo voy á entregar.

CRIADO. (Anunciando.) El señor Conde de San Aldeol.

CLARA. (Cielos!)

FUAL. Perdonadme, señora. Tengo que hablar sin pérdida de momento con el señor Conde. Dignaos pasar al salón. Mi esposa podrá entregaros la suma que me pedís. (Escribe unas palabras en un papel y se lo dá á Clara.) Tomad.

CLARA. Os lo agradezco y aprovecharé esta ocasión para saludar á la señora Fualdés. (Aparte.) (Dios mío! Qué pasará entre los dos?) (Váse por la derecha.)

ESCENA IV

FUALDÉS y MAURICIO foro.

MAU. Acudo á la cita de esta tarde. Héme aquí.

FUAL. Servíos tomar asiento.

MAU. (Reprimiendo su cólera.) Es inútil. Supongo que tendréis nombrados vuestros padrinos.

FUAL. Mis padrinos!

MAU. ¿Habéis olvidado el motivo de mi visita?

FUAL. No, pero sentaos y hablaremos.

MAU. (De pié.) Terminemos pronto. Me siento incapaz de reprimir mi cólera y mi honda emoción.

FUAL. (Sentado.) ¿Tanto me aborrecéis, señor Conde?

MAU. Sí, os aborrezco y quiero mataros.

FUAL. Ni lo uno ni lo otro. Decidme ¿por qué queréis matarme?

MAU. (Sentándose.) Ya os lo dije; porque hicistéis condenar á mi padre.

FUAL. Vuestro padre era culpable.

MAU. (Airado.) Caballero!

FUAL. Sí, porque dejó pasar el tiempo concedido á los emigrados. Luego entró secretamente en Francia, conspiró contra el Emperador, con las armas en la mano...

MAU. (Levantándose.) Basta! No vengo á oir la acusación de mi padre. Vengo para vengarle!

FUAL. (Idem.) Dejadme acabar Repito que vuestro padre era culpable y fué justamente sentenciado.

MAU. Por vos, por los vuestros!...

FUAL. Por la Ley, que no permitía absolverlo.

MAU. ¿Qué importa? Fué encarcelado y fusilado secretamente en los fosos de su prisión.

FUAL. Os lo habrán dicho así, pero os han engañado.

MAU. (Emocionado.) Qué decís?

FUAL. Vuestro padre no fué herido por las balas francesas. Encontró la muerte en España, bajo las banderas de Fernando VII, tuvo un fin más digno del nombre de sus antepasados.

MAU. ¡Oh! no puedo creerlo. El rumor público asegura...

FUAL. Repito que os han engañado. La política de Napoleón exageraba al decir que la fuerza se imponía á la Ley.

MAU. Pero, ¿mi padre pudo fugarse?

FUAL. Un hombre, un magistrado que procedió contra él en nombre de las leyes, recordó que la humanidad tiene las suyas superiores á las escritas. Ese hombre se echó á los piés del Emperador, y obtuvo su perdón y la vida del Conde de San Aldeol. El mismo le acompañó hasta la frontera y allí sin más testigo que Dios, los dos adversarios políticos se despidieron después de haberse abrazado cordialmente.

MAU. ¡Qué oigo! Y ese hombre, ese noble salvador... ¿vive?

FUAL. (Abre el secreter, del cual saca una carta que presenta al Conde.) Leed.

MAU. Una carta de mi padre! ¡Oh! padre mío! (La besa y lee.) «Mi querido hijo: No sé si volveré más á Francia, por eso antes de salir de ella quiero dejarte este eterno testimonio de mi reconocimiento para quien ha sabido librar nuestro nombre de una muerte infamante. Este generoso enemigo político á quién debo la vida y ha protegido mi evasión, ese hombre á quién, después de mí, debes amar y bendecir, se llama...» ¡Oh! (Interrumpiéndose y con esplosión sumamente conmovido.) ¡Vos! Sois vos! Ah! señor!

FUAL. (Bondadosamente.) Vaya, sosegaos. Y ahora querréis matarme todavía?

MAU. ¡Oh! Perdón! mil veces perdón! (Cae de rodillas. Fualdés le levanta.) No sabéis hasta que extremo llegaba mi rabia contra vos! En mi ciego furor sentía sed de vuestra sangre. Mi propósito al venir á esta casa, era si rehusabáis batiros conmigo, clavaros este puñal en el corazón! (Tira horrorizado el puñal sobre la mesa.)

FUAL. Un asesinato! No, vos no hubieráis hecho eso, Conde.

MAU. No lo dudéis, hubiera cometido tal crímen! Ahora ¿cómo podré demostraros mi agradecimiento?

FUAL. (Con bondad.) Oyéndome con calma un momento. Tengo que comunicaros un hecho muy interesante de vuestra familia.

MAU. Sin duda otra buena acción!

FUAL. De los interrogatorios del proceso San Aldeol, resulta que vuestro difunto padre, cuando entró en Francia con varios emigrados, se había encargado de la hija de su hermana que falleció durante el viaje. La niña tendría dos años lo más, y temiendo por ella, en los azares de la lucha que emprendió contra el gobierno imperial, el Conde confió á la pequeña en casa de un campesino, al que entregó una cantidad de dinero, último resto de la fortuna de su hermana, á fin de educar á la pobre huérfana!

MAU. Cómo! Jamás se me había notificado esta circunstancia. ¿Y esa niña?

FUAL. Ignoro su destino. Vuestro padre no me declaró el nombre del depositario, y cuantas diligencias he intentado para saber su paradero, han sido infructuosas.

MAU. Tal vez los acontecimientos que á mí me reinlegran mi rango y mi fortuna, cambiaron también la suerte de mi prima; si algún día la encuentro en este mundo engañoso de gracias y bellezas seremos dos para amarnos... y si todavía me creéis digno de vuestro aprecio... me perdonaréis de todo corazón?

FUAL. (Dándole la mano) ¡De todo corazón!

MAU. ¿Queréis darme una prueba?

FUAL. Hablad.

MAU. Me habéis dicho que cuando despedistéis á mi padre os abrazastéis los dos con efusión.

FUAL. Como prueba de olvido de todo odio ni resentimiento.

MAU. Pues dejad que os abrace yo también y me creeré perdonado.

FUAL. (Abrazándole.) Mauricio!

MAU. Gracias. Desde este instante unidos á vida y á muerte. Fualdés, en nombre de mi padre, por su sagrada memoria, recibid el afecto de un corazón! (Le estrecha las manos y váse foro.) (Pausa.)

ESCENA V

FUALDÉS luego BASTIDE y JANSON.

FUAL. Ah! Si todos los nobles se pareciesen á éste!

CRIADO. (Anunciando.) Los señores Bastide y Janson.

FUAL. (Para sí.) Ellos aquí! A qué vendrán! Oh! se equivocan si pretenden intimidarme! (Alto al criado que se vá.) Que pasen. (Entran Bastide y Janson.)

BAS. No es á nosotros á quienes esperariáis, verdad, señor Fualdés?

FUAL. Estando como estamos, no sé si debieráis contar que os recibiera.

BAS. Si os hubierais negado, habríamos insistido para veros.

FUAL. Habriáis tenido tal audacia?

BAS. Nos habría escusado el motivo de nuestra buena intención.

JAN. Decidnos con franqueza. ¿No os habéis arrepentido de habernos dicho que nos separábamos para siempre?

BAS. Amigos tan antiguos!

FUAL. ¿Quién ha provocado la ruptura?

BAS. Nosotros venimos á deciros que hemos procedido injustamente con vos.

FUAL. ¿Es posible?

JAN. Y que lo lamentamos.

BAS. ¿Queréis olvidarlo todo? Queréis estrechar la mano que lealmente os ofrecemos?

FUAL. (Conmovido.) Ah! señores! Amigos míos! (Les tiende las manos.) Esta reconciliación que deseaba en el fondo de mi alma, y que vosotros mismos venís á ofrecerme, me hace considerar esta ocasión como la del día más feliz de mi vida!

BAS. Olvidemos, pues, estas diferencias.

JAN. Y sigamos como antes; buenos y sinceros amigos.

FUAL. Quisiera daros una prueba de mi afecto, sin haceros presión alguna, pero me veo agobiado... Pagos imprevistos, con los que no contaba... me encuentro en un momento verdaderamente crítico. Una persona que vosotros ya conocéis, la señora Mansón...

JAN. (Extrañado.) La señora Mansón!

FUAL. Ha venido á pedirme la restitución inmediata de una cantidad que me había confiado.

JAN. ¿Y para qué necesita ese dinero?

FUAL. No lo sé. Me ha hablado de un interés poderoso, sagrado.

JAN. (Aparte.) (Me lo figuro.)

FUAL. A no ser por esta circunstancia, me anticiparía á otorgaros un nuevo plazo.

BAS. No hablemos más de eso. Esos fondos los destinábamos al desarrollo de una empresa importante...

JAN. A la cual renunciamos para poder pagaros.

ESCENA VI

Los mismos y REMY fondo.

REMY. Señor, perdonad si estorbo. (Aparte.) (Ah! ellos aquí! Juraría que ya no les vá á perseguir.)

FUAL. Y bien, ¿qué quieres?

REMY. Un criado trae una carta sellada y lacrada, diciendo que debe entregárosla en propia mano.

JAN. Os dejamos, señor Fualdés.

FUAL. No, quedaos. Tenemos aún que hablar. Soy con vosotros dentro de poco. (Mutis.)

BAS. ¿No tienes siquiera un saludo para nosotros, Ramy?

RAMY. (De mal humor.) ¡Buenas tardes! (Mutis.)

ESCENA VII

BASTIDE y JANSON.

JAN. Ese Remy nos mira con malos ojos!

BAS. Afortunadamente su amo es muy confiado.

JAN. Ha creído en nuestras manifestaciones de arrepentimiento. Por lo demás, ya ves que he seguido ciegamente tus consejos. Respecto á Clara, temo que se me escapa.

BAS. No piensas más que en esa mujer.

JAN. Quiero que sea mía, para devolverla en tormentos los desprecios que me ha hecho. Pero dime, ese proyecto puedo saberlo?

BAS. Silencio! Vienen.

JAN. Ah! Ella es. (Viendo á Clara.)

ESCENA VIII

Los mismos y CLARA.

CLARA. ¡Ah! (Reprimiendo su sorpresa.) No creía encontraros aquí.

JAN. (Irónico.) Ya lo presumíamos.

BAS. Efectivamente, cualquiera diría que nuestra presencia os contraría.
(Vá á sentarse junto á la mesa y vé el puñal que dejó el Conde y se lo mete en el bolsillo.)

CLARA. (Turbada.) ¿Yo? Buscaba al señor Fualdés, pero viendo que no está aquí, me permitiréis que me retire.

JAN. Mucha prisa parece que tenéis en retirar vuestra cartera.

CLANA. (Emocionada.) ¿La cartera?

JAN. Sí, la suma que en vano queréis ocultarme.

CLARA. ¿Ocultárosla? por qué? No soy acaso dueña de mis actos? A quién debo dar cuenta de ellos?
(Se sienta.)

JAN. También yo podría aconsejaros sobre el asunto que os trae, porque lo sé todo.

CLARA. (Aparte.) (¡Dios mio!)

JAN. Sé que habéis recibido de Fualdés los fondos que le habíais confiado, y sé que destináis esa cantidad á una persona para favorecer su huída.

CLARA. (Aparte.) (Lo sabe todo!)

JAN. Es un proscripto, perseguido, que se oculta en esta ciudad. Ese hombre que tomé por un rival, he descubierto que es vuestro hermano!

CLARA. (Vivamente.) Pues bien, si, aquí está... pero no lo denunciaréis, no lo entregaréis á sus enemigos.

JAN. En vuestras manos está su suerte.

CLARA. ¿Cómo?

JAN. Sed mía y callaré!

CLARA. ¡Ah! y si rehuso?

JAN. Le denunciaré.

CLARA. ¡Miserable!

JAN. Vuestras injurias no me espantan. Si mañana un enlace formal no une nuestros destinos, os trataré con la misma desdeñosa crueldad con que me habéis tratado.

CLARA. Basta! No pretendáis humillarme más! (Aparte.) (Oh! el cielo me inspirará!)

JAN. Pensad, señora, que os jugáis la vida de vuestro hermano!

CLARA. Mi hermano preferirá morir antes que verme esposa vuestra! (Mutis.)

ESCENA IX

BASTIDE y JANSON.

BAS. (Levantándose y riendo.) ¡Já! já! já! Bravo, cuñado! Celebro tu modo de hacer conquistas!

JAN. ¡Oh! Basta de chanzas! Lo que deseo es que tu proyecto para desembarazarnos de Fualdés sea tan eficaz y enérgico como el caso requiere.

BAS. Todo está aquí, (tocándose la frente) bien calculado y seguro.

JAN. Pero, qué medio es ese!

BAS. Míralo! Este! (Saca el puñal.)

JAN. Un asesinato. ¡Qué horror!

BAS. Vacilarías? ¿Dónde está tu valor?

JAN. Pero cómo realizar proyecto tan difícil?

BAS. Mañana, día 16, firmará la escritura con su procurador M. Seguret. En el acto debe recibir treinta y seis mil francos; puedes citarlo en tu casa mañana por la noche ofreciéndole liquidar el negocio.

JAN. Nada más sencillo.

BAS. Teniendo él necesidad de dinero, aceptará ir á ella.

JAN. Es lo probable. Le citaré, pues, para mañana en mi casa.

BAS. Y para arreglar nuestras cuentas, conviene que le hagas pasar por la calle Hebdomadiers.

JAN. Es facil, porque es el camino más recto para llegar á mi domicilio.

BAS. (Abrazándole y mirando si son escuchados.) Si no aparece el día diez y siete...

JAN. (Lo mismo.) Ni el diez y ocho...

BAS. Me has comprendido!... Pero calla. Hélo aquí. Observa tú, cuñado.

ESCENA X

Los mismos y FUALDÉS con una carta.

FUAL. (Contento.) ¿No acertaréis amigos míos, jamás, por quien me ha sido enviado este mensaje que me obligó á dejaros un momento?

BAS. Sin duda algún pobre vergonzante...

FUAL. No, un rico y brillante gentil hombre. El Conde San Aldeol.

JAN. ¡Ah¡ Se arrepiente tal vez de vuestra reconciliación?

FUAL. Lejos de eso. Me suplica le haga el honor de asistir mañana por la tarde al gran banquete con que obsequiará á las primeras familias de la ciudad. Sin duda hallaréis en vuestra casa también invitaciones.

BAS. Aceptamos con mucho gusto tal convite. Si os parece, iremos juntos luego de terminar la liquidación de nuestras cuentas respectivas; y en lugar del 17 espero saldarlas mañana mismo

FUAL. Mañana! Podrá ser?

JAN. Ya os diré la hora.

FUAL. ¡Oh! ese día anticipado sería un verdadero favor que me haríais,

BAS. Bueno, estad tranquilo. Sólo tendréis de firmar el recibo. Janson y yo vamos á disponerlo todo para liquidar.

FUAL. Pues hasta mañana.

JAN. (Aparte.) (No me atrevo á estrechar su mano!)

FUAL. Hasta mañana y sin rencor.

LOS DOS. Sin rencor alguno.

FUAL. Adiós, amigos míos!

JAN. (Turbado) Adiós, Fualdés!

BAS. Adiós! (Salen por el foro.)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

Interior en casa los Bancal, ó sea una cocina. Chimenea á la derecha de campana, con algunos tizones. Frente á la chimenea, á la derecha, la vidriera de un gabinete. En esta vidriera, que está adornada con cortinas, una ventana de las de guillotina, la mitad practicuble durante una parte del acto. Al fondo, un tanto al costado, la puerta de entrada. Cerca de esta puerta, otra ventana cerrada exteriormente. Debajo de la ventana una alacena de madera, una mesa antigua y algunas sillas sucias. Por el suelo ó suspendidas en la chimenea, un calentador, una cubeta, platos, una sartén y otros utensilios. Entre la chimenea y la ventana, una cuerda de la cual pende una manta de lana ó algodón.

ESCENA PRIMERA

BANCAL, MAGDALENA y TOMASA.

Al levantarse el telón, Bancal está sentado junto á la lumbre. Tomasa lavando ropa junto á la puerta del fondo. Magdalena cerca del gabinete con una rueca. Bancal se levanta.

BANCAL. Dime, Tomasa, ¿no tienes un poco de leña? El fuego se apaga y hace un frío de mil diablos!

TOM. Leña! ¿De dónde quieres que la saque? No hay más en la leñera y no sé con qué comprar.

BANCAL. (Volviendo á sentarse.) ¡Qué miseria!

TOM. Esos ricos! No quieren más que para ellos! Los pobres tenemos que conformarnos con nuestra mala suerte! Se revienta una, se mata y aún así no puede comer! Luego vendrán los curas á predicarnos virtud y honradez! ¡Es para reirse!

MAG. (Aparte.) (¡Qué lenguaje!)

BANCAL. Yo trabajo todo el día en el campo y no basta para hacer marchar la casa!

TOM. Tenemos á tantos que mantener! Dos niños y una moza que no gana lo que come!

MAG. Yo?

TOM. (Bruscamente.) La misma, si. Por qué no trabajas?

MAG. ¿Es mía la culpa si me falta trabajo?

BANCAL. Sin duda que no. Pobrecilla!

TOM. Eso es; manténla á pan y mantel. Como es tu niña mimada!

BANCAL. Basta, basta ya!

TOM. Yo te aseguro que no hace nada. En lugar de

ayudarnos en nuestras penas, prefiere pasar el tiempo pensando en sus amores.

MAG. Mis amores!

BANCAL. Vamos, acabarás por hacerla llorar! (Levantándose y yendo hacia Magdalena.) ¡Pobre niña! No te pongas triste! Ven á mis brazos! (La abraza.)

MAG. Pobre de mí! Qué desgraciada soy! (Sollozando por lo bajo.)

TOM. Ah! si, lágrimas, como siempre! para inspirar lástima! hipócrita! Ya haré yo que llores por algo! (Se abalanza á ella para pegarle y Bancal lo impide.)

BANCAL, ¡Eh! basta!

ESCENA II

Los mismos, ANDRÉS por el fondo.

AND. ¡Hola, hola, hola! Es hora de sermón?

BANCAL. Eres tú, Andrés?

AND. ¿Qué es lo que pasa aquí? ¿Riñas, insultos?

TOM. ¿Está bien que te metas en nuestros asuntos de familia? ¿Qué vienes á hacer aquí?

AND. ¿No puede venir uno á conversar un rato con los vecinos?

TOM. Anda con Dios! Buenas tardes.

AND. Déjeme descansar un rato con mi organillo! (Deja el organillo.) Y sobre todo no regañéis tanto porque estáis en vuestra casa. (Acercándose á Bancal.) Parece que estáis bueno, señor Bancal. Que pruebe bien.

BANCAL. Gracias, muchacho, gracias!

AND. También vos, señorita Magdalena? Pero vaya por Dios! estáis triste. Tenéis los ojos irritados...

MAG. No es nada, Andrés, nada.

AND. (Necesito hablaros) (Bajo.)

MAG. (A mí?) (Id.)

AND. (De parte de la señora Mansón.) (Id.)

TOM. Qué estáis cuchicheando? Sin duda murmuráis de mí. Ya verás... (Vá á lanzarse sobre ellos.)

AND. No, señora Tomasa! Yo os juro que no.

TOM. Cállate y basta! (Llaman fuera.)

BANCAL. Llaman!

AND. Si es por la ventana.

BANCAL. Magdalena, vé á abrir.

TOM. Iré yo misma! (Entreabre la puerta y mira.) Bastide!

BAS. (Sin entrar, en voz baja.) Chito! ¿Estáis sola?

TOM. (Bajo.) Con mi marido, Andrés y con Magdalena.

BAS. (Id) Despedid á los jóvenes.

TOM (Id) Bueno. (Cierra la puerta)

BANCAL. ¿Qué pasa?

TOM. (Indicándole que se calle.) Mira, Magdalena, ya vá anocheciendo; es necesario acostar á los niños. Luego sacarás agua del pozo y me enjuagarás

estos trapos. (Magdaleda deja la rueca y cierra la ventana de la vidriera.)

BANCAL. Esta muchacha es muy obediente. Y tan pesado que es subir el agua!

AND. (Vivamente.) Si queréis, yo puedo ayudaros. Luego volveré por el organillo. (Le toma el cubo.)

TOM. Bueno, bien. Id.

(Salen los dos por la izquierda. Tomasa cierra la puerta y vá á abrir la del fondo, por donde entra Bastide.)

ESCENA III

BANCAL, TOMASA y BASTIDE.

BAS. (En voz baja.) ¿Han salido?

TOM. Si, podéis ya entrar.

BANCAL. Para serviros, señor Bastide. ¿Cómo tanto tiempo sin venir por mi casa?

TOM. Es mucho honor para nosotros, señor Bastide.

BAS. (Sentándose junto á la mesa.) ¿Y vuestros negocios?

TOM. Los negocios mal.

BANCAL. Ni un céntimo hay en casa.

TOM. Ni crédito en la panadería.

BAS. ¡Qué desgracia! Pues tal vez pueda proporcionaros ganar una buena cantidad.

BANCAL. Una buena cantidad? (Acercándose.)

BAS. Si, y al mismo tiempo vengaros.

TOM. A ver, á ver!

BAS. Pero para conseguirlo hace falta resolución, audacia.

TOM. Eso no falta. (Con energía.) Oh! por salir de nuestra miseria, creo que... (Parándose á una demostración de Bancal y cambiando de tono. Con calma.) ¿De qué se trata?

BAS. Vamos al asunto. ¿Odiáis á Fualdés?

TOM. (Vivamente.) Sí!

BAS. Yo también tengo una cuenta pendiente con él... y tal vez podríais ayudarme.

BANCAL. Ayudaros? (Emocionado.)

TOM. (Con decisión.) ¡Vaya que sí! Con mucho gusto. Pero sepamos como.

BAS. Primeramente yo le traeré aquí, luego... ya veremos lo demás.

BANCAL. (Con miedo.) Ah! Dios mío! ¿Será que tengáis intención de?...

TOM. (Atajándole.) Cállate tú. Comprendido. Y este negocio, ¿cuánto nos valdrá?

BAS. Cien escudos esta misma tarde y luego una renta vitalicia de mil francos anuales.

TOM. (Mirando á su marido.) Cien escudos con que pagar nuestras deudas y vivir honestamente el resto de nuestra vida.

BANCAL. (Excitado.) (Cállate tú, y déjame arreglar esto con el señor Bastide.) (A Bastide) Quinientos francos al contado y podremos entendernos.

BAS. (Levántase.) Sea. Pero necesitaríamos además dos personas robustas y discretas.

TOM. Si no es más que eso, yo misma me encargo.

BAS. ¿Quiénes serán?

TOM. Un antiguo soldado de Cazadores llamado Collard, que vive con Ana Benois en el segundo.

BAS. Ya sé.

TOM. No lleva nunca un céntimo en el bolsillo y tiene muchos deseos de llenarlo. No hace quince días que me decía: Si supiera que uno llevase encima veinticinco luises y no me viera nadie no me importaría en pegarle un tiro, lo mismo que beberme un vaso de vino.

BAS. Bueno, falta otro guapo.

TOM. El imbécil de Missioner, mi vecino, que vá todas las noches á pescar. Por diez francos, arriesgaría su cabeza.

BAS. Bravo! Me respondéis de los dos de aquí una hora.

TOM. Una hora ya la necesito para prevenirles. (Excitada.) Al anochecer!

BAS. Bien. De todos modos hasta las siete no pasará Fualdés por aquí.

BANCAL. (Pensativo.) A las siete?

TOM. Diablos! Es muy pronto. Hasta que haya pasado la retreta, la calle no estará despejada de gente y temo...

BANCAL. (Vivamente.) Oh! eso no puede ser!

(Se oye tocar la retreta.)

BAS. Cómo que no? (Con alegría.) Ah! Escuchad. El tambor.

TOM. Es la retreta.

BANCAL. La retreta ya! (Preocupado.)

(Se vá acercando el són del tambor, al cual se vé pasar. Tomasa abre la puerta y se dirige al foro.)

BAS. Oidme. Todo nos favorece. A prevención avisé á Bach y Rosquier para que á las siete en punto rondaran esta calle, les dije que se trataba de un fardo de tabaco de contrabando.

BANCAL. ¿Un fardo de tabaco?

BAS. Un pretexto, una mentira; pero sus servicios pudieran sernos muy útiles.

TOM. Comprendo.

BAS. Cuando aparezca la persona que les he dicho me harán una seña.

BANCAL. Dios mío! Pero á ese pobre señor Fualdés, queréis...

TOM. Si, puedes tenerle lástima, después de lo que nos ha hecho!

BAS. No perdamos tiempo, Tomasa. Id á aseguraros de esos dos hombres.

TOM. Corro. (Se oye llamar.) Chito! han llamado.

BANCAL. Veamos quien es.

BAS. Un momento. No conviene que me vean aquí.

TOM. Escondeos detrás de esa manta. Yo despacharé pronto á ese inoportuno.
(Bastide se oculta y Tomasa abre la puerta. Entra Remy con una cesta.)

ESCENA IV

Los mismos y REMY.

TOM. (Sorprendida.) El criado del señor Fualdés!
REMY. ¿Estáis sordos? (Regañón.)
TOM. ¿Vos aquí? ¿Qué deseáis?
REMY. (Lo mismo.) Ya presumiréis que no vengo por mi gusto, si no por mandato de mi amo. (Para sí.) (Cualquier día me meto yo en este avispero.)
TOM. (Encendiendo la lámpara.) Acabad! qué os trae?
REMY. ¿Queréis decir quien me envía? Pues la señora de Fualdés.
BANCAL. La señora de Fualdés!
REMY. Mi buena señora, sí, demasiado buena... que me ha encargado os traiga estas provisiones. (Por la cesta.)
BANCAL. (Muy emocionado.) ¡Ella socorriéndonos! A nosotros! (Aparte.) (Y en el momento mismo que... ¡Jesús!)
TOM. (Rápidamente pasando junto á su marido.) Silencio!
REMY. ¿Esto os estraña? ¿No es costumbre de la caritativa señora socorrer y aprovisionar al desgraciado? Es la bondad misma! (Sacándolo de la cesta.) Tomad. Un pan, dos botellas de vino, conservas para los niños...
TOM. (En tono ágrio.) Bueno, bueno! Dadme todo eso. (Deja la cesta en el fondo.)
REMY. (Aparte.) (¡Qué gracia me hace esta gente! Parece que todo eso se les debe) Me voy.
TOM. ¿Ya os marcháis? (Contenta.)
REMY. (Con ironía.) Si, la señora estará sola esta noche, porque el amo tiene que salir para sus negocios y no volverá hasta media noche ó quizás más tarde. Está convidado en casa del señor Conde de San Aldeol.
TOM. Bueno, no os detengo más. Buenas tardes! (Le empuja á fuera.)
REMY. Buenas tardes. (Mutis. Tomasa cierra la puerta. Bastide sale de detrás de la cortina.)

ESCENA V

Los mismos menos REMY.

TOM. Maldito hablador! Creí que no se iba nunca! (A Bancal que ha caido ensimismado en una silla.) ¿Y tú, qué haces ahí? Qué estás reflexionando? Qué tienes?

BANCAL. Lo qne tengo son remordimientos! Eso es lo que tengo. (Levántase.)

TOM. Remordimientos! Eso ya pasará!

BANCAL. La pobre señora que nos envía ese pan, que acude á socorrernos, iremos nosotros á pagar su buena acción...

TOM. Su buena acción? Sus miserables socorros! una limosna! Que se la guarde. Quién le pide nada?

BANCAL. Asesinar á su marido! Matar á un hombre! Esto es afrentoso!

TOM. (Cambiando una mirada con la Bastide.) ¡Eh! ¿quién te habla de matar? Se trata solamente de robarle y eso no puede darte miedo á tí, Pedro Bancal. (Mirándole fijamente.)

BANCAL. (Nervioso.) Si yo estuviera seguro...

BAS. Pensad que con la recompensa que os he prometido, podréis vivir dichosos el resto de vuestros días.

BANCAL. (Excitado.) Sí, sí. Pero...

TOM. Déjate de peros! Prefieres la miseria? Quieres ser un pordiosero toda tu vida?

BANCAL. La miseria! Es verdad!

TOM. Si no pagamos pronto el alquiler, nos echarán de la casa, á nosotros, á los niños, y á tu Magdalena, por quien tanto te interesas; y entonces lo que hoy rehusas hacer por una aceptable fortuna, necesitarás hacerlo tal vez por un pedazo de pan!

BANCAL. ¡Oh! Tienes razón! Mendigar ó robar!

TOM. Pues entonces, entendidos!

BANCAL. Sea! (Vánse por la izquierda.)

ESCENA VI

BASTIDE luego JANSON.

BAS. Diablo de hombre! Con sus escrúpulos creí que desbarataba todo el plan. Afortunadamente transige por la fuerza. Como la Bancal no hay otra en el mundo! Con resolución y firmeza nos libramos de un acreedor, enriqueciéndonos al propio tiempo. (Suenan tres golpes á la puerta. Ah! es Janson! (Vá á abrir.) Acércate, buena pieza.

JAN. (Entrando muy pálido.) ¿Cómo marcha esto?

BAS. Todo está preparado. ¿Y nuestros hombres?

JAN. En sus puestos, al extremo de la calle. (Se deja caer en una silla agobiado.)

BAS. Estás pálido! Tu aire es sospechoso. ¿Es que te has arrepentido?

JAN. Yo!

BAS. Piensa que mañana espira el plazo con Fualdés, que nuestra caja está vacía, que dentro de unos días nos espera la bancarota, mientras que esta noche podemos...

JAN. Mi palabra está dada. Nunca falto á ella!

BAS. (Dándole la mano.) Muy bien. Te reconozco como un hombre de honor!

ESCENA VII

Los mismos, TOMASA y BANCAL.

TOM. El asunto está arreglado. Collard y Missioner aceptan y están ahí.

BAS. A las mil maravillas!

TOM. (Con desconfianza.) Ah! el señor Janson?

BAS. Es también del complot.

TOM. Ah!

JAN. Un momento; estaba pensando...

BAS. Qué?

JAN. Que si le empujamos en esta sala, cerrándole la boca, él se defenderá, sus gritos pueden ser oidos de los vecinos y acudir.

BAS. Diablos!

JAN. Y estos muros son tan frágiles y ruinosos que desde fuera puede oirse. ¿Cómo sofocar el ruido que se produzca?

BAS. Cómo! Con otro ruido.

JAN. Si, pero con cuál!

AND. (Desde dentro el gabinete.) Buenas tardes, señorita Magdalena.

TOM. (Sobresaltada.) Es Andrés, Andrés, el del organillo! Ah! qué idea!

JAN. Viene aquí. Yo se lo impediré! (Sosteniendo la puerta cerrada.)

BAS. Al contrario. Llega á tiempo.

LOS DOS. Cómo!

BAS. Tú, Janson, escóndete y cuida de que no flaquee Bancal. Oid, Tomasa. (Hablan bajo. Janson sale por el fondo. Aparece Andrés por el gabinete.)

ESCENA VIII

TOMASA, BASTIDE, ANDRÉS, luego MAGDALENA al paño.

AND. Gracias, gracias, señorita, no os molestéis, yo sólo llevaré esto.

MAG. Dejadme que os acompañe. Tengo que tender la ropa.

AND. ¡Oh! entonces es distinto. He aquí su castillo, señora Tomasa. (La coloca en tierra. Bastide se sienta cerca de la chimenea con la cabeza en la mesa. Retira la lámpara.)

TOM. (A Andrés.) Está bien. Escucha, Andres.

AND. Qué mandáis?

TOM. Tengo que hacerte una proposición.

AND. Hablad.

TOM. ¿Te gustaría ganarte diez francos en una hora?

AND. (Alegre.) Diez francos en una hora! No gano yo

tanto en una semana. ¿Qué tengo que hacer para ello?

TOM. Tocar tu organillo al otro extremo de la calle.

AND. Bah! eso será una broma.

TOM. No, es la pura verdad.

AND. La verdad, la verdad! Dios mio! ¿Es que tanto os gusta la música?

TOM. Esta tarde, este señor. (Señalando á Bastide.)

AND. Señor... No le había visto.

TOM. No importa.

MAG. (Al paño.) ¿Quien es ese hombre?

TOM. Este señor ha citado en esta calle á los contrabandistas.

MAG. (Al paño.) (Cielos!)

AND. Los contrabandistas! No son gentes malas?

TOM. No seas tonto! Para no ser sorprendidos, necesitamos que otro ruido llame la atención para despistar.

AND. Es extraño!

MAG. (Al paño.) (Alguna mala acción proyectan.)

TOM. Decídete. Quieres ganar diez francos ¿si, ó no?

AND. (Reflexionando.) Diez francos! Son tentadores. Mi pobre y anciana madre, que sufre tanto en mi pueblo y no la envio nada por no tenerlo... Con ese dinero podría... (A Tomasa.) Pero usted me jura que sólo se trata de lo que usted me dice?

TOM. Nada más que negocio de contrabando. Eso es todo.

AND. De veras! Pues bien, sea. Acepto! me arriesgo!

TOM. Y yo te pago. (Bastide le dá los diez francos sin ser visto de Andrés.)

AND. Gracias, señora Tomasa (A Bastide.) y á vos también, aunque no os conozca.

TOM. Está bien, lo agradecerás más tarde. Ponte donde te diga y toca bien fuerte ¿me entiendes?

AND. (Cogiendo su organillo.) Le daré al manubrio de tal modo que tocará sin engaño por lo que ha cobrado.

TOM. Vamos, anda. (Empujándole fuera. Mutis. Cierra la puerta.)

MAG. (Aparte, encendiendo la linterna.) (No debo olvidar lo que he prometido á Andrés.)

TOM. ¿A donde vás?

MAG. Al gabinene, á descansar con mis hermanitos que ya duermen.

TOM. No ahí no; dormirás en el segundo piso.

MAG. (Aparte.) (Dios mio! Y el encargo de la señora Manson!) (Alto.) Es que en el segundo sola... tengo miedo. (¡Oh! aquí hay algún misterio. Yo he de saber lo que es.) (Mutis izquierda.)

TOM. (Cerrando la puerta.) Se fué! (Se oye una señal.)

BAS. Esa señal anuncia que Fualdés entra en la calle. (Nueva señal.) Se acerca. Y ese imbécil de

Andrés sin tocar. (Suena el organillo.) Ah! por fin!

JAN. (Abriendo la puerta de la calle y en voz baja.) Ya viene.

BANCAL. Ah! viene! Vamos. (Vánse.)

ESCENA IX

TOMASA, BANCAL, luego BASTIDE, JANSON y los dos cómplices, FUALDÉS.

Momento de espectación. Sigue el organillo, luego oyése gran tumulto, gritos sofocados. Entra asustado Bancal, no pudiendo sostenerse apenas. Tomasa que observa su turbación le alarga la mano diciéndole:

TOM. ¿Qué hay?

BANCAL. (Con aspecto espantado.) Le conducen aquí! Ah! ¿Qué le querrán hacer? Tal vez cumplan su promesa... ó puede que no la cumplan. ¡Gran Dios! (Entran á Fualdés amordazado y debatiéndose y forcejeando en medio de Janson y Bastide, los dos cómplices que le empujan. Bastide con un puñal en la mano. Horrorizado.) ¡Un puñal! ¡Oh! (Cae de rodillas.) ¡Pobre señor Fualdés! (Lo entran al tiempo que Ana Benocet aparece en la puerta del gabinete con una linterna.

Telón rápido.

CUADRO SEGUNDO

El gabinete vecino á la cocina de casa los Bancal. Al fondo la vidriera y la puerta que se ha visto en el cuadro anterior. A la derecha primer término puerta que conduce al corredor que dá á la calle. A la izquierda una gran cama rodeada de viejas cortinas de pared y en la que duermen dos niños de los Bancal. Tras de la puerta una silla, otra junto á la cama. La escena está obscura iluminada solamente por el resplendor que entra de la cocina.

ESCENA PRIMERA

MAGDALENA. Al levantarse el telón se oye fuera el organillo, se abre la puerta derecha, entra Magdalena con cautela llevando una linterna que deja en la silla de al lado de la puerta.

MAG. Nadie! Sólo mis hermanitos que duermen. No hagamos ruido y escuchemos. No oigo nada, y en la cocina hay luz. Si me atreviera... (Se abre la puerta derecha despacio.) ¡Cielos! se dirigen aquí! (Con espanto y en voz baja.) ¿Quien vá? (Entra la señora Clara Manson cubierta con una capa.)

ESCENA II

MAGDALENA y CLARA.

CLARA. Magdalena! Bendito sea Dios!

MAG. Hablad bajo. ¿Qué os trae á esta casa?

CLARA. Un deber sagrado, la esperanza de salvar á mi hermano!

MAG. Vuestro hermano! ¿Es hermano vuestro?

CLARA. Sí, Magdalena. He querido volver á abrazarle, quizás por última vez!

MAG. Sosegaos. Ya ha venido.

CLARA. Cómo! Ha venido! Está aquí! Y no me lo has dicho antes!

MAG. Es que ha vuelto á marcharse dejándome este papel para vos.

CLARA. Un papel! Dáme. (Tomándolo.)

MAG. (Alumbrando con la linterna.) Leed.

CLARA. (Leyendo.) «Querida hermana: Me recomendabas dejara mi albergue. He sentido no encontrar un asilo más seguro, pero he ido á pedir hospitalidad á casa de un enemigo y no obstante creo que allí estaré al abrigo de todo riesgo.»

MAG. Es posible! Oh! que mi esperanza no me engañe!

CLARA. «Este enemigo es el Conde de San Aldeol.»

MAG. ¡Mauricio!

CLARA. «Y él ha sido quien me ha dado los medios para la huida.»

MAG. (Aparte.) (¡Corazón noble!)

CLARA. «Si logro pasar la línea de vigilancia. estoy salvado. Mañana lo sabrás, yendo á la *Cruz de los cuatro caminos*; caso de que lo haya logrado, trazaré tres rayas en la piedra.» ¡Oh! no faltaré mañana en la *Cruz* para salir de esta ansiedad! ¡Oh, querida Magdalena, ahora es necesario que vuelva á mi casa. Adiós, hija mía!

MAG. Adiós, señora. ¡Que el Cielo os proteja! (En el momento de ir á salir se oye ruido de llaves y una puerta que se cierra.) Ah! Dios mío! cierran la puerta de salida!

CLARA. (Bajo á Magdalena.) ¿Qué ruido es ese?

MAG. No acierto qué pueda ser, pero temo alguna desgracia!

CLARA. Una desgracia dices! (Asustada. Nuevo ruido en el fondo.)

CLARA. Cielos! parece una riña. (Escuchando.) No me equivoco no, se oyen gemidos... gritos ahogados. ¿Qué pasará? (Quiere ir á mirar al fondo.)

MAG. (En voz baja.) Tened mucho cuidado!

CLARA. Déjame, déjame! Quiero saberlo! (Se aproxima á la vidriera y se detiene al oir la voz de Tomasa.)

TOM. (Dentro.) ¿Decis que se ha marchado? Esperad. Yo veré si está.

MAG. (Espantada.) Ah! viene! Por el cielo, señora Manson, ocultaos. Me mataría!

CLARA. ¿Ocultame? ¡Pero en dónde!

MAG. Ahí! ahí! (La oculta en las cortinas de la cama. Entra Tomasa con luz.)

ESCENA III

CLARA escondida, MAGDALENA y TOMASA.

TOM. Estabas aquí! No sabes que te lo he probibido, desgraciada! Nos espías!

MAG. (Trémula.) Yo, no, no!

TOM. (Cogiéndola de un brazo.) Responde! ¿Que has visto, qué has oido?

MAG. Nada.

TOM. Me engañas.

MAG. (Arrodillándose.) Nada! os lo juro!

TOM. Está bien. Vete!

MAG. (Aparte) (Dios mío! Y esta pobre señora que está aquí!)

TOM. (Amenazadora.) Vete te digo! Vete fuera, condenada! (Empujándole á fuera, y cerrando la puerta después.) Dice que no ha visto nada! Yo lo aclararé más tarde! (Se acerca á la cama, levanta las cortinas contemplando á los niños dormidos. Pausa.) Duermen, mejor. (Váse.)

ESCENA IV

CLARA, BASTIDE y FUALDÉS en el foro.

CLARA. (Saliendo de detrás de las cortinas pálida.) Se ha ido! Su presencia me llena de espanto! Y no hay medio de salir de esta horrible mansión. Ah! (Cae abatida en la silla junto á la cama.)

BAS. (Dentro, con voz enérgica.) Firmad, firmad, digo!

FUAL. (Con voz jadeante.) ¡Esto es una infamia! Una indigna violencia!

CLARA. (Levantándose.) Dios mío! esa voz! Yo la conozco! (Se acerca á la vidriera, levanta una punta de la cortina y mira con precaución.) ¡Fualdés! Dios mio! es él, sí, entre gentes de mala catadura y Bastide y Janson... Le presentan papeles. (Mirando con ansiedad.) Fualdés se resiste... le agarran del brazo... (Con alegría re rimida.) Ah! por fin! firma, firma! Así se salvará!

BAS. (Dentro á Fualdés.) No basta con firmar. Ahora has de morir!

CLARA. (¡Jesús!) (Nuevo ruído dentro. Se oye tocar el organillo de Andrés.) ¡Morir! quieren matarle! Ellos!... sus parientes... sus amigos! (Mirando y con voz alterada de emoción.) ¡Cielos! le asesinan! le tienden sobre la mesa! Qué hacer, Dios eterno! ¿Qué hago?

FUAL. (Dentro con voz ahogada.) Perdón! perdón! ¡Ay! (Dando un grito desgarrador.)

CLARA. ¡Ah! muerto! (Cae desmayada cerca de la cama.)

ESCENA V

CLARA desvanecida, BASTIDE, JANSON y TOMASA.

BAS. (Entrando primero con el puñal.) Estamos perdidos!

He oido un grito. Hay álguien en este cuarto! (Corre á la puerta derecha.)

TOM. Es imposible! He tenido la precaución de cerrar la puerta con cerrojo.

BAS. (Viendo á Clara desvanecida.) Bien lo decía yo! Mirad! Qué muera! (Levanta el puñal.)

CLARA. (Volviendo en sí) ¡Perdón! ¡Perdón!

JAN. (Reconociéndola.) Clara! desgraciada! ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha traido á esta casa?

CLARA. La casualidad... sólo la casualidad.

BAS. (Enérgico.) ¡Mientes!

CLARA. Pues bien, perdonadme, concededme la vida. Diré la verdad. Yo... yo venía.

BAS. Habla, pues.

CLARA. Venía para abrazar á mi hermano!

TOM. Su hermano!

JAN. Nos querías engañar?

TOM. BAS. } Que muera!

JAN. Deteneos! Yo pido su vida!

BAS. Insensato! Con tu maldita debilidad quieres perdernos? No! no! posee nuestro secreto.

TOM. Si, si. Los muertos no hablan.

JAN. (Sugetando el brazo de Bastide.) ¡Oh! no! basta con un cadáver! ¿Para qué quieres otro?

BAS. Tú lo quieres! Sea, que viva! Pero que preste un juramento.

CLARA. (Trémula.) Un juramento!

BAS. Si, un juramento terrible que te guardarás de quebrantar, bajo pena de incurrir en nuestra venganza! (Tomasa abre la ventana del fondo. Se vé la mesa donde está Fualdés muerto, rodeado de los cómplices; uno de ellos con una luz en la mano.) Toma este cuchillo y con la mano extendida sobre ese cadáver, júranos no revelar nada!

CLARA. (Arrodillándose.) Yo... yo... lo... (Con voz muy débil y entrecortada)

BAS. Más alto, que se entienda bien!

CLARA. (Espantada.) Yo, lo juro!

BAS. Ahora vete!

TOM. Cómo, la dejáis marchar? Y si nos delata?

BAS. (A Tomasa) Dejadla! El juramento ó la muerte! (Bajan las cortinas.)

Telón.

CUADRO TERCERO

El camino de l' Auvergne. Llegan en la playa por la escalera de caracol. En lo alto de este camino el parapeto y la Estación. Sobre el río un reberbero. A la izquierda árboles grandes. Noche oscura.

ESCENA PRIMERA

SIMPLICIO y BASTIDE.

Al levantarse el telón, se oye la voz de SIMPLICIO, el pescador cantando una barcarola. Entra por el primer término derecha con sus redes, atraviesa el teatro y vá á la barca que está amarrada á orilla del río. BASTIDE aparece y hace una señal. Entra TOMASA con una linterna seguida de CUATRO HOMBRES que conducen el cadáver de FUALDÉS metido en un saco. JANSON enmascarado y con una pistola, luego BANCAL consternado y apoyándose en un palo. Descienden todos despacio en silencio, llegan al río y tiran el fardo. BASTIDE y TOMASA, seguros de no haberles visto nadie, lo deslían de las cuerdas, sacando la abierta lona. TOMASA la dobla, se la pone en el brazo BASTIDE ya descubierto; ordena á los hombres que lo arrojen por el fondo izquierda, observándolo todo impasible y frío. Se *oyen dar las nueve*. BASTIDE les indica que es hora de retirarse, haciendo por señas: *Chitón!* Todos lo juran y salen por derecha é izquierda. TOMASA sostiene á BANCAL que parece caerse y se apoya en ella. BASTIDE y JANSON los miran, luego vuelven al proscenio y se estrechan la mano.

BAS. (En voz baja á Janson.) Ahora al castillo de San Aldeol!

(Al dirigirse al foro se oye otra vez la barcarola á lo lejos. Se extremecen un momento, luego de cerciorarse de que no han sido vistos, se van mientras baja el

Telón.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

CUADRO PRIMERO

Saloncito elegante en el castillo de San Aldeol. Al fondo una chimenea con lumbre y encima un hermoso espejo. A los lados dos puertas que dan á otro salón magníficamente iluminado. Un diván á la izquierda. A la derecha una mesa de jugar al ajedrez. Jarrones de flores encima la chimenea y en los estantes.

ESCENA PRIMERA

Varias señoras, cahalleros y criados, luego BASTIDE, JANSON y CLARA.

JAN. (Entra dando el brazo á Clara.) Vuestra turbación y palidez puede llamar la atención.

CLARA. ¡Oh! esto es horrible! Torturar así á una pobre mujer!

BAS. Silencio! Nos están observando.

CLARA. Estaréis satisfechos! Os obedezco porque la fatalidad me ha hecho vuestra esclava, vuestra cómplice! ¿No os parece que mi suplicio es bastante ya? Por fin puedo marcharme!

BAS. (Frío.) Todavía no!

CLARA. No! qué queréis más de mí?

BAS. Es necesario que todos os vean, que les conste que habéis venido; eso importa para nuestra seguridad.

JAN. En efecto, pues si á pesar del juramento tuviese el antojo de hablar, como podrían creeros si algunas horas luego de lo ocurrido estabáis en el baile?

CLARA. Y si mi presencia en vez de ayudaros os comprometiese?

(Pasan invitados por el fondo.)

BAS. (Fingiendo galantería la ofrece la mano y la lleva al diván derecha.) Estáis demasiado interesada en guardaros el secreto.

CLARA. (En voz baja pero enérgica.) ¿Qué puedo temer ahora de vosotros? Ya no estoy en una infame guarida rodeada de asesinos. A la primera palabra, al menor gesto, veinte defensores acudirian en mi auxilio.

JAN. Desdichada! Y vuestro juramento?

CLARA. Un juramento impuesto por el terror á una dé-

bil mujer, un juramento cuyo fin es ocultar los culpables ante el cumplimiento de la ley, es un juramento impío que Dios debe castigar!

JAN. Qué decís!

BAS. (A Janson.) Para que te fíes! (A ella) De todos modos vos no hablaréis!

JAN. Cómo!

CLARA. (Levántase.) ¿Quién puede impedírmelo? Vuestras amenazas? No las temo.

BAS. Otra cosa.

CLARA. La gratitud por no haberme asesinado! Dios me juzgará!

BAS. Más que eso.

CLARA. ¿Qué es?

BAS. El amor que profesáis á vuestro hijo.

CLARA. Mi hijo!

JAN. (Aparte.) (Ah! ya comprendo, esa es un arma poderosa!)

CLARA. Mi hijo habéis dicho! Oh! Cielos! Acaso corre peligro? Osaríais atentar contra su vida?

BAS. A todo, con tal de obligaros al silencio. Con sólo una palabra podéis perdernos, pero calculad que no todos los culpables están aquí, y vuestra delación sería la muerte de vuestro hijo.

CLARA. ¡Dios mío! (Aterrada.)

BAS. Ahora sois libre de revelarlo!

CLARA. (Helada.) ¡Oh! no! jamás! Callaré, callaré!

BAS. Creo que es el partido mejor.

JAN. (Aparte.) (Respiro!)

CLARA. (Id.) (Vírgen Santísima! He de estar siempre sujeta á estos malvados!)

(Rumores de voces en el fondo.)

JAN. Llega gente. Disimulad!

BAS. Es nuestro amable huésped rodeado de invitados.

ESCENA II

Los mismos, MAURICIO é invitados.

TODOS. ¡Querido Conde!

MAU. Perdonadme haberos dejado tanto tiempo, pero un asunto importante reclamaba mi presencia en otra parte.

CLARA. (Aparte contenta.) (Ah!)

BAS. Permitidme, señor Conde, que os ofrezca mis respetos.

JAN. También os doy las gracias por el honor que nos habéis dispensado.

MAU. Señores, el honrado soy yo. ¡Ah! la señora Manson!

BAS. Si, no quería venir...

JAN. Pero nuestros ruegos la han decidido á asistir á vuestra fiesta.

MAU. Os lo agradezco y más á esta señora por su presencia en mi casa.

CLARA. Señor Conde...

(Bastide y Janson van á la mesa de juego primer término)

MAU. (Llevándola al diván de la mano.) Pero os encuentro muy pálida y algo abatida. Cansada tal vez. (Bajando la voz.) O más bien inquieta.

CLARA. (Bajo.) Oh! señor Conde.

MAU. Calmaos; vuestro hermano ha podido salir sin novedad. Yo mismo he querido acompañarle hasta verle fuera de las puertas de la ciudad.

CLARA. (Bajo.) ¡Oh! gracias, gracias mil por vuestra generosa intervención.

MAU. (En voz alta.) Ahora me doy cuenta de que falta el verdadero héroe de esta fiesta; el señor Fualdés.

BAS. En efecto. Nosotros le hemos estado esperando inútilmente hasta las diez y nos hemos venido sin él pensando que algún asunto importante le habría detenido.

MAU. ¡Pero hasta más de media noche! No es posible.

BAS. Si no me engaño, esta fiesta la dabáis en honor suyo.

MAU. Ciertamente.

BAS. Y no habéis contado con su proverbial modestia.

MAU. Cómo?

BAS. Si, señor, temería quizás ser objeto de una ovación y habrá querido sustraerse al homenaje. Así es posible que en vez de venir á vuestro palacio, haya ido á pasar la noche en alguna de las quintas que tiene por los alrededores.

MAU. Lo creéis así?

BAS. Lo afirmaría, señor Conde.

CLARA. (Para sí.) (Oh! el infame!)

MAU. Vuestra creencia me tranquiliza, y aún que siento vivamente no verle entre nosotros, no por eso perderá nada la pública y solemne reparación que le había yo preparado. Oidme todos, señores: Llevado por mentidas apariencias, ultrajé y amenacé al hombre á quien debo querer y venerar más en este mundo. Ante todos vosotros, quiero retractarme de mis insultos. Para el salvador de mi padre, señores, al más noble, al más generoso caballero señor Fualdés.

(Todos alzan las copas y brindan. Se oye la voz de Remy.)

ESCENA III

Los mismos y REMY.

REMY. (Dentro.) Señor Conde! Señor Conde! (Entrando agitado.) ¡Ah! infames! infames!

TODOS. ¿Qué sucede?
REMY. (Pálido y desencajado.) Una horrible desgracia!
TODOS. Una desgracia!
RAMY. (Llorando.) Mi amo, mi pobre amo, ¡ha muerto!
TODOS. Muerto!
REMY. Asesinado!
TODOS. Gran Dios!
JAN. Cómo lo sabéis?
BAS. Silencio! (En voz baja.)
MAU. Asesinado! Es posible?
REMY. Hace una hora, me mandó venir la señora aquí para que acompañara á mi amo á la salida, cuando he visto un gran gentío que se dirigía precipitadamente hacia el río. Decían que habían encontrado un cadáver en la orilla. Ah! era el señor Fualdés!
JAN. (Estamos perdidos! Le han hallado!)
BAS. (Calma!)
REMY. Entonces, sabiendo que los señores (indicando á Bastide y Janson) estaban aquí, he venido á buscarles como amigos y parientes de la víctima.
BAS. A buscarnos?
REMY. Para que notifiquéis á la señora el horrible suceso. Yo no tengo valor para decírselo!
BAS. (Aparte.) (Nada sospechan.) (Alto.) Pero llevar nosotros tan horrenda noticia! Pero es cierta? Estás seguro tú!
REMY. Dios mío! Le he visto yo mismo bañado en sangre, con dos grandes heridas en el cuello...
MAU. ¡Qué horror! Quién habrá podido cometer ese infame asesinato?
REMY. Alguna venganza política! Odios de partidos! Mi desgraciado amo! (Cae en brazos de los criados que le llevan por el foro izquierda.)
CLARA. (Aparte.) (¡Pobre señora! Cuál será su dolor al saber la terrible verdad!)

(Aparecen el Juez y el Escribano.)

MAU. Un magistrado aquí!
JAN. (Estamos perdidos!)
BAS. (Serenidad, calma!)

ESCENA IV

Los mismos, SAUVETERRE y ESCRIBANO.

CLARA. (Dios ha querido que el crímen no quede impune!)
MAU. (Al Juez.) ¿Qué deseáis, señor? ¿Qué buscáis aquí? En esta casa no hay delincuentes.
SAU. (Avanzando.) La Justicia viene para cerciorarse de ello. Se ha cometido un horroroso crímen que ha llenado de espanto esta ciudad. Señor Conde, ¿reconocéis este puñal? (Dando uno al Conde.)

MAU. Es mío! Con mis iniciales y mis armas grabadas en el puño.

CLARA. (Cielos! Qué significa esto?)

MAU. ¿Cómo se encuentra esta arma en vuestro poder?

SAU. Se ha encontrado clavado en el cuerpo de la víctima.

TODOS. Ah! (Espanto general.)

MAU. ¿Qué estáis diciendo?

SAU. Digo, señor Conde, que en Ródez sólo se conocía un enemigo declarado del señor Fualdés; que ese enemigo le amenazó públicamente, y no puede ser otro su asesino!

MAU. Y ese enemigo?

SAU. Sois vos.

MAU. (Aterrado.) Yo!

BAS. (Bajo á Janson.) (Esto nos salva!)

SAU. Señor Conde de San Aldeol, en nombre de la Ley, seguidme.

MAU. Preso yo! Señor Juez, no cometáis esa arbitrariedad. Puedo probar mi inocencia.

SAU. Responderéis delante del tribunal, al que quedáis sometido desde este momento.

MAU. Sea!

CLARA. (Aparte,) (Y debo dejar que le acusen siendo inocente! Cuando esta noche acaba de sacrificarse por mi hermano! No! debo hablar conociendo á los culpables!) (Al Juez.) Escuchadme, señor...

JAN. (Aparte.) (Nos vá á perder.)

BAS. (Acercándose rápidamente á Clara.) (Pensad en vuestro hijo!)

CLARA. (Aparte.) (Ah! hijo mío!)

SAU. (A Clara.) ¿Qué tenéis que decirme, señora?

CLARA. (Excitada y con frase entrecortada.) Que el señor de San Aldeol... es el más generoso de los hombres, que no puede haber cometido...: (Deteniéndose.) Pero me embarga la emoción... (Aparte.) (Oh! Dios santo! Perdonadme!) (Cae en el diván.)

MAU. Señora, no acierto á expresaros mi agradecimiento por la buena intención, mas ante todo debo obedecer á la justicia, que confío reconozca bien pronto su error.

SAU. Así lo espero, señor Conde, por el buen nombre de vuestro padre, pues era un digno y leal caballero.

MAU. Adiós, señores. Esta fiesta, comenzada con tanto regocijo y alegría, vá á terminar bajo tristes auspicios. Antes de separarnos, os juro que soy inocente y pido que en homenaje á la Justicia ayudaréis á descubrir á los viles asesinos del venerable Fualdés. ¿Puedo esperar de vosotros, amigos míos, esa promesa?

TODOS. Sí, sí!

MAU. Gracias! Señor Juez, cuando gustéis. Estoy á vuestras órdenes.

SAU. Vamos! (Salen.)

Telón.

CUADRO SEGUNDO

La encrucijada de los Cinco caminos. A la derecha una Cruz de piedra con dos gradas. A la izquierda primer término una cabaña abierta con rastrojos. Un trozo de campo cultivado cerrado por un muro ruinoso. Al fondo bosque, con sendero pendiente y transitabie desde la izquierda.

ESCENA PRIMERA

BANCAL, con azadón, está sentado sobre la cerca del terreno cultivado pansativo y triste.

BANCAL. ¡Le han encontrado! ¡Dios así lo ha querido! Desde entonces, por huir del rumor público, de esos murmullos que principiaban á extenderse por la ciudad, me marché de Ródez, y me he venido á trabajar aquí en este trozo que me deja el señor Bastide, pero tanto aquí como allá, el azoramiento, el grito de mi conciencia, me persigue continuamente! Procuremos olvidar... Trabajemos. Puede que eso me distraiga! (Toma su azadón y empieza á cavar, luego para taciturno.) Pero no! No puedo! Veo siempre la víctima... Si está ahí!... ahí... á mi vista! Me mira! Me llama!

ESCENA II

BANCAL y BASTIDE con una escopeta, foro.

BAS. (Acercándosele.) ¿En qué piensas tú?

BANCAL. Ah! quién está ahí? ¡Dios! quién me llama! (Despavorido y con acento desgarrador.) ¿Vienes á recordarme mi crimen? A conducirme al patíbulo!

BAS. ¿Qué es lo que te pasa, imbécil?

BANCAL. (Reponiéndose.) ¡Ah! sois vos! Creía que era la sombra del otro!

BAS. Del otro! Cálmate. Tus visiones y delirios pueden sernos peligrosos. Pero bien sabes que los muertos no resucítan nunca!

BANCAL. Pero salen del agua!

BAS. (Dejando el fusil contra la cerca.) Cierto. A pesar de mis precauciones, el río ha devuelto su presa. Afortunadamente, no sospechan de nosotros. Se atribuye la muerte á una venganza política.

Además, la justicia ha detenido á una persona en quien recaen todas las circunstancias agravantes para acusarle.

BANCAL. Si, pero es inocente!

BAS. Calla! Oigo pasos. (Yendo á mirar.) Es tu mujer.

BANCAL. Ella! ¿Qué vendrá á hacer? Si habrán descubiérto algo?

ESCENA III

Dichos y TOMASA, por el foro izquierda.

TOM. Ah! me alegro! Señor Bastide, estoy muy satisfecha de encontraros.

BAS. Y yo también, Tomasa. ¿Qué hay de nuevo? Qué se dice en Ródez?

TOM. Parece que Simplicio, el pescador, debía estar cerca del río cuando echamos el cuerpo al agua.

BANCAL. (Asustado.) ¡Dios mío!

BAS. (Tranquilo.) Era de noche y no podía reconocernos.

TOM. Es verdad; pero descubrirán que hay cómplices.

BAS. ¿No cuidastéis de que no quedase señal ninguna.

TOM. No quedó ninguna. Otra cosa; Andrés ha sido llamado por el Juez.

BAS. Y qué ha declarado?

TOM. No lo sé. Habrá manifestado que le mandamos tocar el organillo... que le dimos diez francos, es lo que supongo yo.

BAS. Eso no prueba nada.

TOM. Además temo que hay un testigo presencial màs peligroso.

BAS. Cuál?

TOM. Una mujer.

BAS. (Vivo.) Decidme quien es.

TOM. Es inútil. Yo me encargo de ella. Dejadme; he de hablar á Bancal.

BAS. Entonces, prosigo en mi caza. ¿Nos volveremos á ver?

TOM. Sí, dentro de dos horas, aquí mismo.

BAS. Pues hasta luego. (Mutis foro izquierda.)

TOM. Hasta luego.

ESCENA IV

TOMASA y BANCAL.

TOM. (Ahora nos toca á los dos. Tal vez sea difícil persuadirle, pero en metiéndole miedo... (Se sienta detrás de Bancal, que está pensativo y como extraño á lo que pasa.) Alto.) ¿Lo has entendido?

BANCAL. ¿Entendido... qué?

TOM. Decía que tenemos un testigo presencial... Una mujer.

BANCAL. Si... si... la señora Mansón.

TOM. Hay otra!

BANCAL. ¿Otra?

TOM. Sí, otra... y esa otra, esa otra es Magdalena.

BANCAL. (Levantándose.) Magdalena! (Para sí.) (Magdalena!)

TOM. Anoche, poco después de las siete, la encontré en el cuarto de los niños. Cuando ha sabido la muerte de Fualdés se ha puesto pálida, trémula... ha pronunciado palabras que me hacen sospechas... Entonces le he preguntado y á fuerza de ruegos, me ha confesado que ayer tarde había oido gritos y lamentos...

BANCAL. Nada importa! Magdalena no nos delatará. Quiere demasiado á su padre para hacerlo.

TOM. A tí si te quiere, pero á mí, me aborrece!

BANCAL. Magdalena es muy buena, muy piadosa y cristiana para odiar á nadie...

TOM. Déjate de cristiandades. Es una hipócrita!

BANCAL. (Enérgico.) Repito que ella no nos delatará!

TOM. Pardiez! Ya sé que ella no irá á denunciarnos pero...

BANCAL. No, no!

TOM. Sin duda... pero si las sospechas, que comienzan á tomar cuerpo, motivasen la presencia de Magdalena en el Juzgado...

BANCAL. En el Juzgado!

TOM. ¿No ves lo peligroso que sería para nosotros? Una muchacha tímida sin esperiencia.

BANCAL. ¡Oh! me haces temblar!

TOM. La sorprenderán, la envolverán con preguntas... ella inexperta hablará... y á cualquier detalle que me olvide de advertirle, es lo bastante para que hagan rodar nuestras cabezas!

BANCAL. (Aterrado.) Dios mio! Yo no quiero, no quiero morir ajusticiado!

TOM. Por eso he venido á buscarte para advertirte.

BANCAL. Advertirme!

TOM. Sí, y para que calcules lo que debes hacer.

BANCAL. Desgraciada! Calla! Calla!

TOM. Yo creo que si algo ha de pasar, es mejor que le pase á ella que á nosotros.

BANCAL. ¡Oh! Calla! ¡Qué horror! Matarla? á Magdalena! á mi hija!

TOM. Bien sabes que no es hija tuya!

BANCAL. No importa! Demasiado mal la he causado ya, cambiándole el nombre... (Con tristeza.) ¡Pobre viejo Conde de San Aldeol! Aún me parece oirle cuando me dijo: «Pedro, tú eres un hombre honrado.—entonces yo lo era.—Toma esta niña con este dinero que es todo lo que ella posee. Eso te ayudará á poder educarla bien...» Y siguiendo tus consejos, el dinero se gastó...

TOM. Y bien, nos lo hemos comido. Y qué?

BANCAL. Esa fué mi primera falta, el primer paso hacia el vicio, y luego ha sido necesario callar á la pobre Magdalena su nacimiento. Así evitamos que nos pidiera cuenta de la cantidad aquella, que no nos sirvió de nada. El cielo nos castigó; estamos arruinados la niña tuvo que compartir nuestra miseria y nuestra ignominia! Y encima de todo esto, iría yo á... Oh! Jamás! jamás! es muy grande el crimen que pesa sobre mi conciencia! No cometeré otro nuevo!

TOM. Pues nada, no hablemos más de ello. Pero acuérdate que no será por mi culpa si morimos en el cadalso!

BANCAL. El cadalso! (Horrorizado.)

TOM. (Aparte.) (Esto le espanta!) (Alto.) Vaya, te dejo Pedro; me voy. (Medio mutis y vuelve.) Magdalena te traerá luego la comida.

BANCAL. ¡Oh! vete, vete! No quiero verte ni oirte más!

TOM. Piensa en el cadalso! Adiós. (Váse por la derecha.)

ESCENA V

BANCAL, luego MAGDALENA.

BANCAL. El cadalso! Oh! no, no! Es una muerte demamasiado afrentosa! La multitud agrupada... el verdugo, el tablado donde hay que subir... que horror! Nunca! nunca! Y si para sustraerme á todo esto tengo necesidad de cometer otro asesinato... ¡Jesús qué horror!—Ah, es ella! Por qué habrá venido? (Se encamina hacia la choza.)

MAG. (Entra por el fondo izquierda con una cesta, muy abatida y pálida, sin mirarle dice en tono breve y seco.) Padre, os traigo la comida.

BANCAL. (Sin mirarla.) Eres tú! Por qué has venido Magdalena? Por qué?

MAG. (Con pena.) Porque me lo ha mandado la madre.

BANCAL. Está bien, deja la cesta ahí. (La deja.)

MAG. Si no tenéis nada que mandarme me voy.

BANCAL. Un momento. Quédate, tengo que hablarte.

MAG. A mí! (Se vuelve hacia la cruz y parece rezar mentalmente.)

BANCAL. Sí. (Aparte.) (Pobre ángel! Si no supiese nada! Veamos.) (Alto.) Escucha, Magdalena, tú no sabes mentir?

MAG. ¡Oh! no! no!

BANCAL. Respóndeme francamente. Anoche tú no te acostaste?

MAG. No.

BANCAL. Tuviste miedo, luego de entrar en tu cuarto y volviste á bajar?

MAG. Cierto.

BANCAL. Y te ocultaste en el gabinete cerca de la cocina?

MAG. Es cierto, padre, es cierto.

BANCAL. Y allí has escuchado? (Colérico.)

MAG. (Retrocediendo.) Dios mio! Qué mirada! leo en vuestros ojos la cólera!

BANCAL. Responde. ¿Qué oiste?

MAG. Lamentos, gritos ahogados.

BANCAL. (Aparte.) (No se engañó Tomasa!) (Alto, emocionado.) Pero de esos lamentos, de esos gritos ¿no has hablado á nadie, verdad?

MAG. A nadie!

BANCAL. Tú no sospechas lo que pudo ser todo aquello? (Silencio de Magdalena.) No me entiendes? (Con energía.) La verdad, Magdalena!

MAG. (Asustada.) Padre mio!

BANCAL. (Terrible sugetándola las manos.) La verdad, la verdad!

MAG. (Decidida.) Sí, voy á decírosla, pues una pena horrenda me desgarra el alma y la sospecha destroza mi corazón. Preferible es morir que tener que sentir una horror hacia su padre!

BANCAL. (Tomando el azadón, colérico.) Desgraciada! Ah! mi mujer tenía razón. Es necesario que mueras!

MAG. Matadme! Arrancadme esta vida funesta. Libradme de un pasado lleno de horrores, y de un porvenir en el que sólo me espera el deshonor y la vergüenza!

BANCAL. Tú lo quieres! Pues vas á morir!

MAG. Pero antes, permitidme que sobre las gradas de esta Cruz dirija al cielo una oración!

BANCAL. (Turbado.) ¿Qué dice?

MAG. (Arrodilláse en las gradas de la Cruz y reza.) Dios Todopoderoso! Perdonad á mi padre, como su hija le perdona; y si el sacrificio de mi vida puede servirle para arrepentirse... Aceptadla, Señor, y recibid mi alma con anhelo de pediros por él desde el cielo!

BANCAL. (Tirando el azadón cae de rodillas.) Piedad, Señor, piedad de mí!

MAG. (Levantándose con júbilo.) ¡Oh! Dios mio! Me habéis oido piadoso. Mi padre se arrepiente!

BANCAL. (Arrodillado.) Sí, me arrepiento! Magdalena, hija mía, sí. Le pido perdón al cielo, pues tu voz ha llegado á mi alma, tus lágrimas han humedecido mis ojos. Bendita seas, Magdalena, bendita seas! Tu plegaria me ha convertido. Sin ella hubiera sido más culpable, hija mía, pues me hubiera trocado en un nuevo criminal, en un doble asesino!

ESCENA VI

Los mismos, TOMASA que se dirige á BANCAL sin ver á MAGDALENA.

TOM. Y qué! Y Magdalena!

BANCAL. (Levantándose con resolución.) Que se me castigue,

si es necesario, yo no la causaré ningún daño!

TOM. Desventurado! Pero no sabes que ha ocurrido lo que temía! Magdalena está citada á comparecer ante el Juez. Nos delatará.

BANCAL. Nada importa. Prefiero morir á manchar mis manos con un nuevo crímen. Ya llegan.

TOM. (Aparte.) (No perdamos la serenidad.) (Cogiendo á Magdalena de un brazo.) Van á interrogarte. Pero tú no dirás nada, Magdalena, no dirás nada, verdad?

MAG. Yo delatar á mi padre! jamás!

TOM. Y tú repetirás cuanto yo te diga.

MAG. (Mirando á Bancal.) Sí, todo, con tal de salvarle!

ESCENA VII

Los mismos y ANDRÉS, foro.

AND. Os buscaba, señorita Magdalena.

MAG. A mí!

TOM. ¿Es que la quieres todavía?

AND. Sosegaos, no la estorbaré mucho. La hablaré por la última vez!

MAG. (Conmovida.) La última vez?

BANCAL. Qué quieres decir?

AND. (Emocionado.) Vengo á despedirme... de la señorita Magdalena.

MAG. Despediros? os marcháis?

AND. Dentro de una hora salgo con mi organillo.

MAG. Pero por qué motivo os váis?

AND. Porque con lo que está pasando, no tiene la gente ganas de música! Los crímenes y los procesos causan pena á todo el mundo y nosotros los de Auverge no estamos acostumbrados á eso.

MAG. Comprendo. Este desgraciado asunto os inquieta, os horroriza!

AND. Más de lo que podéis imaginaros. Por eso me voy para mi tierra. Pero antes de salir, quiero hablar con la señora Tomasa.

TOM. Conmigo?

AND. Sí, para devolveros los diez francos que ayer me distéis.

TOM. Devolvérmelos? Por qué?

AND. Vengo del juzgado donde el señor Juez me ha dicho cosas... En fin cosas que me impiden guardar ese dinero! Tomadlo! me quema en las manos. Puede muy bien ser que haya servido para pagar...

MAG. (Vivamente.) Silencio!

AND. Es verdad, más vale callar!... (Volviéndose al fondo.) Y mucho más ante los que veo que se dirigen aquí.

TOM. (A Magdalena.) Vienen á buscarte. (Bajo.) Piensa en lo prometido!

ESCENA VIII

Los mismos, UN ESCRIBANO, UN GENDARME.

ESC. ¿Magdalena Bancal?

MAG. (Avanza turbada.) Soy yo, señor.

ESC. El señor Juez instructor os espera.

MAG. Ya os sigo.

BANCAL. Y nosotros también, señor Escribano.

ESC. Cómo!

TOM. (Vivamente.) Si, señor, nosotros, los padres de esta pobre y querida niña, queremos acompañarla ante el tribunal. (Para sí.) (Durante el camino la iré dando su lección.)

MAG. Adiós, Andrés; buen viaje!

AND. Gracias, señorita Magdalena. Que el cielo os preserve de cualquier desgracia!

ESC. ¿Vamos? (Tomasa ha cogido el sombrero y ropa de Bancal y se la dá á éste. Vánse todos con Magdalena, menos Andrés.)

ESCENA IX

ANDRÉS, luego CLARA MANSON.

AND. ¡Pobre jóven! Quién sabe lo que le puede acontecer! ¡Oh! ella es inocente de ello, estoy bien seguro. ¿Por qué le habrá dado Dios tan mala familia? (Se sienta llorando sobre la piedra. Llega Clara y avanza sin verle.)

CLARA. (Para sí.) La encrucijada de las cinco calles; debe ser aquí. Si, veo la Cruz que me designaba en su carta. (Parándose.) No me atrevo á acercarme. Al fijarme en la suerte de mi hermano me estremezco. Si no estuvieran las marcas sobre las piedras de las gradas? Fuera dudas! (Mira las gradas y dice con júbilo.) ¡Ah! sí. Aquí están las rayas trazadas por él! Se ha salvado! Dios clementísimo, os doy las gracias! Así pudiera decir otro tanto de mi hijo que se halla bajo la acción de sus perseguidores!

AND. (Levantándose resuelto.) Ea, valor y en marcha!

CLARA. (Viéndole.) ¡Andrés!

AND. Ah! sois vos, buena señora! ¿Cómo por aquí? Me alegro mucho de veros; porque no partiría contento sin despedirme de vos.

CLARA. (Conmovida.) Cómo! Te vas?

AND. Sí, señora, vuelvo á mis montañas al lado de mi anciana madre.

CLARA. (Para sí.) Ah! que idea! Sí, este sería el medio mejor de sustraer á mi hijo del encono de Bastide!) (Alto.) Escucha, Andrés; yo siempre fuí buena para tí.

AND. Es mucha verdad, señora. Nunca olvidaré los muchos favores recibidos.

CLARA. Pues bien, Andrés; si yo te pidiera un favor...

AND. Un favor!

ESCENA X

Dichos, BASTIDE por el fondo, que se queda al acecho.

BAS. (Qué veo! Ella aquí con Andrés.) (Se oculta tras de la cruz.)

CLARA. Sí, un gran servicio. Consientes en hacerlo?

AND. Hablad, de qué se trata?

BAS. (Escuchemos.)

CLARA. Tengo necesidad de alejar por una temporada á mi hijo de aquí.

BAS. (Aparte.) (Su hijo!)

AND. Ah! el señorito Eduardo! Y él ya lo sabe!

CLARA. A eso tal vez deberá la seguridad de su vida!

AND. De su vida decís? (Asombrado.)

CLARA. ¿Quieres tú encargarte de él? Llevarlo contigo!

AND. Conmigo! Con mucho gusto. Será mi compañero de viaje. Nos contaremos historietas por el camino.

CLARA. Una vez lleguéis á tu tierra, lo confiarás á tu buena madre.

AND. Oh! si señora! Ella que lamenta no tener niños! Cuán contenta se va á poner!

CLARA. Así, pues, aceptas!

AND. Con mucho gusto. Sin vacilar.

CLARA. Toma esta bolsa (dále un bolsillo) para los primeros gastos de viaje.

AND. (Saltándola en la mano.) Brava bolsa! cómo pesa!

CLARA. Todos los meses tendré el cuidado de enviaros otro tanto.

AND. (Aturdido.) Otro tanto! Dios mío! Vamos á vivir como príncipes! Decidme ¿á donde debo ir á recoger á mi nuevo compañero?

CLARA. Cerca de aquí. En casa de Claudio Girard, el hermano de su nodriza.

AND. Claudio Girard! Bueno, bueno, ya le conozco. ¿No venís conmigo?

CLARA. No, no conviene que nos vean juntos.

AND. Comprendido.

BAS. (Aparte.) (Y yo también.)

CLARA. Sobre todo no faltes y ponte en camino hoy mismo.

AND. Convenido. Tres cuartos de hora para ir á recoger al señorito, otros tres para tomar el nuevo camino, y cuando dén las cuatro, ya estaremos lejos de Ródez.

CLARA. (Para sí.) (A las cuatro ya no tendré que temer por mi hijo!) Adiós, Andrés.

AND. Adiós, señora Manson. Marchad tranquila que yo cuidaré de él!

CLARA. Sí, sí, la salvación de Eduardo está en tus manos. Lleva contigo las bendiciones de una madre! (Ella váse por la derecha.)

AND. (Desde el camino de la izquierda.) Adiós, adiós, señora! Corro á buscar al pequeño. (Al desaparecer ambos, sale de su escondite Bastide con la escopeta.)

BAS. ¡No serás tú quien le salve! (Siguiendo el camino por donde hizo mutis Andrés. Al bajar el telón se oye un disparo de fusil.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO

Despacho del Juez de instrucción en el Palacio de Justicia de Ródez. Sala grande de arquitectura gòtica. Al fondo la puerta principal. Dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

SAUVETERRE y MAURICIO.

Escribiente. Dos gendarmes Sauveterre sentado en su bureau á la izquierda; el Escribano en otra mesa. El Conde de San Aldeol de pié en medio de la escena; los dos gendarmes en el fondo de pié en cada lado de la puerta.

SAU. (A Mauricio) Así es que confesáis que existían motivos de odio contra Fualdés?

MAU. Señor Juez, si no fuera por el respeto que todo noble debe á la magistratura, no contestaría á preguntas que me causan fatiga, á la vez que ofensa.

SAU. Señor Conde, nadie en Francia puede librarse de la acción de la Justicia, sea cualquiera su rango y calidad. Responded. Según declaración de numerosos testigos, en el momento que llegastéis á Ródez, ya os oyeron proferir amenazas contra Fualdés.

MAU. Ciertamente, no lo puedo negar.

SAU. Añadistéis que él solamente moriría de vuestra mano!

MAU. Cuando llegué aquí, me dominaba una idea sola: inmolar á Fualdés; porque en él no veía más que el juez implacable, el verdugo de mi padre. Pero cuando supe su noble y generosa conducta, desapareció la cólera de mi corazón para dar paso á la más viva gratitud y sólo formé un propósito, el de obtener su perdón, y el noble anciano estrechó contra su corazón á mí, á quien acusan de ser su matador!

SAU. Por desgracia, nada viene á probar la verdad de cuanto acabáis de afirmar. ¿Cómo se explica que se encontrase vuestro puñal en el cuerpo de la víctima?

MAU. Os lo he dicho ya. No puedo comprender como pudo esa arma ir á parar á manos de los asesinos. (Como asaltado de un recuerdo) ¡Ah! esperad.

Ahora recuerdo que en el crítico momento de mi entrevista con el señor Fualdés, cuando le demostré mi agradecimiento, yo... le debí... sí, sí... eso es.

SAU. Acabad.

MAU. Avergonzado por mis equivocaciones, por mi loca provocación, por mis proyectos homicidas, arrojé ese puñal que llevaba encima, lleno de horror!

SAU. ¿De modo que llevabáis ese puñal?

MAU. Sí.

SAU. Ante semejante hecho, ¿creéis que yo puedo dar fé á la fábula que acabáis de imaginar? No. Ese puñal que llevábais con un proyecto de venganza, no os lo han quitado. Vos fuistéis á casa de Fualdés á provocarle, rehusó el duelo, porque así debía hacerlo. Oh! qué sería de la Justicia, si el magistrado que sentenció bajo su conciencia, tuviera que dar cuentas de sus fallos con una espada en la mano? Así, pues, como no pudistéis herirlo en su casa, empleastéis la astucia. Habéis fingido una reconciliación que no sentíais. Salistéis de su casa, simulando una falsa amistad, y al poco rato le escribistéis una carta invitación, traidoramente preparada para alejar sospechas. Esa carta se ha encontrado sobre la víctima. Con esa invitación, encontrabáis el medio de sacarlo de su casa á una hora y lugar donde matarle impunemente, Conde de San Aldeol, esto es todo lo que en vano os empeñáis en negar, pero inútilmente, porque es la verdad de los hechos.

MAU. Las apariencias os dan la razón. Todos los indicios están contra mí, y sin embargo, repito que soy inocente del atentado de que se me acusa!

SAU. ¿Podéis justificar, por lo menos, vuestra ausencia del baile? De esa ausencia me han dado pruebas todos los invitados.

MAU. Me persigue la fatalidad en eso como en lo demás, dejándome sin defensa. Más tarde se conocerá el motivo de esa ausencia, pero en este momento no puedo decirlo, pues podría comprometer la libertad y la vida de una persona que todavía no ha podido salir de la frontera de este país.

SAU. Callándoos agravais vuestra situación.

MAU. Callándome no comprometo á nadie más que á mí mismo y cumplo con un deber de caballero. Soy fiel á mi juramento por la memoria de mi padre. Ahora, señor, podéis mandarme á la prisión. Espero que la Providencia dará á conocer al verdadero culpable y evitará un nuevo error á la justicia de los hombres.

SAU. (Al Escribano.) Llevadle! (Mutis con los dos gendarmes.)

ESCENA II

SAUVETERRE.

Todos los indicios están contra él. Sin embargo, hay una firmeza tal en sus contestaciones, una seguridad tan desdeñosa ante las acusaciones, que me hacen dudar. ¡Oh! si á pesar de tantas pruebas fuese inocente! (Toma un papel.) Este anónimo me lo anuncia. ¿Puedo dar crédito á un anónimo? La mano que lo escribió y se oculta, pudiera ser la de algún cómplice. Por si acaso, he mandado comparecer á la joven que se me indica. Dios poderoso! ya que en tu nombre he de dictar una sentencia, dígnate guiarme entre el error y la verdad.

(Entra el Escribano.)

ESC. Señor Juez, la joven citada viene con sus padres.

SAU. Que entren. (Mutis izquierda.)

ESCENA III

El JUEZ, MAGDALENA, BANCAL, TOMASA y el ESCRIBANO, foro.

SAU. (A Magdalena.) ¿Vuestro nombre?

MAG. (Turbada.) Magdalena.

TOM. (Vivamente.) Magdalena Bancal, la hija de mi marido.

SAU. Callad! no os pregunto á vos.

TOM. Eso me basta, señor Magistrado.

BANCAL. Déjala hablar sola, que ya es bastante grande para eso. (Aparte.) (Suponiendo que no se olvide de cuanto le hemos aleccionado.)

TOM. Señor, es la primera vez que la pobrecilla viene ante la justicia, á Dios gracias. Tranquilízate, Magdalena; el señor es una buena persona. Dile toda la verdad. (Bajo.) (Piensa en tu padre!)

SAU. ¿Sabéis algo sobre el crimen que se cometió ayer?

MAG. Yo?... (Indecisa.)

TOM. Contesta que sí.

MAG. (Después de mirar á Bancal.) Si... sí, señor.

BANCAL. (Aparte,) (Pobre niña!)

SAU. (A Magdalena.) Declarad á la justicia lo que sepais. (Al Escribano.) Escribid las contestaciones de la testigo.

TOM. Habla, habla, querida, no tengas miedo. Yo estoy aquí.

SAU. (Al Escribano.) Alejad á esa mujer de la testigo.

TOM. Qué? El señor Juez quiere separarme de la niña?

U. Cumplid lo que ordeno. (El Escribano lleva á Tomasa á la derecha.) Decid lo que sabéis.

MAG. (Como recordando una lección.) Era ayer tarde... sobre las ocho, volvía de lavar en el río.

BANCAL. (Aparte.) (Muy bien.)

MAG. De pronto, á pocos pasos de mi casa, oí gritos, gritos...

SAU. Seguid.

TOM. Dí que viste á un hombre, ya que lo has visto.

SAU. (Severo.) Silencio! No la digáis nada. (A Magdalena.) Acabad.

MAG. Los gritos eran de un hombre viejo á quien otros dos acababan de matar.

SAU. ¿Conocíais á ese hombre?

MAG. (Cruzando una mirada con Tomasa.) Era... era... el señor Fualdés.

SAU. ¿Estáis segura de lo que decís? ¿Reconocistéis al señor Fualdés? Podéis afirmarlo? Contestad.

TOM. Contesta.

MAG. Si, señor, estoy segura.

SAU. Y al asesino, ¿también le conocéis? Podríais darnos sus señas? (Silencio de Magdalena.)

TOM. Vamos, dí como vestía, ya que lo viste y lo sabes.

SAU. (Impaciente.) Silencio!

TOM. Pero si ella dirá la verdad á la justicia; no diciéndola, podría comprometerse.

BANCAL. Vamos, Magdalena, otro esfuerzo!

TOM. Anímate, pronto se termina.

MAG. Sí... sí. (A media voz.)

TOM. Repite lo que nos han contado cuando llegaste, pálida como una difunta y del detalle de aquel joven.

SAU. Ah! era joven?

MAG. Si.. sí... señor... un joven!

SAU. Su estatura?

MAG. Alto. (Por una seña de Tomasa.)

SAU. Y en su traje, ¿vistéis algo de particular?

TOM. Ciertamente, señor, ella nos ha dicho...

SAU. Si continuais interrumpiendo, mandaré que os echen de aquí.

TOM. No se moleste el señor Juez. (Con una reverencia.) Callaré.

SAU. (A Magdalena.) ¿Cómo vestía ese joven?

MAG. (Por una mirada de Tomasa.) Llevaba una capa negra... si, negra.

SAU. (Para sí.) (Conservaba su traje de baile... la hora .. el momento... no hay duda, Dios mío! era él!) (A Magdalena.) Nada más sabéis? Es eso todo?

MAG. Sí, sí, señor.

SAU. Firmad ahora ahí.

MAG. Que firme... yo?

TOM. Naturalmente, firma, firma, que ya sabes. Bastante nos hemos sacrificado para darle educación.

MAG. (¡Dios mío! Firmar este falso testimonio!) (Toma la pluma temblando y vá á firmar.)

SAU. Esperad aún, esperad! (Hace una seña al Escribano que sale al punto.)

MAG. (Aparte.) (Vírgen Santa! Qué otra prueba me está preparada?)

SAU. Habéis dicho, Magdalena, que vistéis al asesino. Si os lo presentásemos, ¿le conoceríais?

MAG. Cómo? Alguno está preso como tal?

SAU. Sí, un joven parecido al que habéis indicado.

MAG. Dios mío! ¿Quién es?

SAU. Vaís á saberlo! (Va al foro.) Que introduzcan al acusado! (La puerta se abre y entra el Conde.)

MAG. (Lanzando un grito.) ¡Mauricio!

ESCENA IV

Los mismos, el CONDE y Escribano.

SAU. Le conocéis? Es este el mismo á quien habéis aludido?

MAG. Mauricio? Si le conozco, pero no es él, no es este, os juro que no es... ¡Vírgen Santísima! Mauricio un asesino! No puede ser! Yo no he dicho nada, nada he visto... (Con exaltación.)

TOM. (Aterrada interrumpiéndola.) No la hagáis caso señor Juez!

BANCAL. (Con esfuerzo.) No, no ha dicho la verdad.

MAU. (Mirándolos sorprendido.) La verdad!

TOM. Como que se han criado juntos... ella le ama... y por eso no quiere reconocerlo.

MAG. (Enérgica.) Callad! Callad! Bien sabéis que mentís! Lo juro ante Dios, que lee en mi corazón, que es inocente!

MAU. (Al Juez.) Ya lo véis, á lo menos se oye una voz en mi favor!

SAU. Pero hace poco decía lo contrario.

MAG. No! jamás! señor Juez, nunca! Nunca mi boca ha acusado á Mauricio; la palabra se helaría en mis labios antes de proferir semejante blasfemia!

MAU. (Para sí.) (Pobre joven!) (Mutis.)

SAU. No siendo San Aldeol el culpable, nombrádmelo pues.

MAG. (Aparte.) (Dios mio! Aclarando el caso, salvo á Mauricio, pero envío á mi padre al patíbulo!)

SAU. Decid pues.

MAG. No sé nada... nada tengo que deciros.

SAU. (Tomándola la mano.) ¿Sabéis, joven, que se castiga á los testigos falsos con pena infamante?

MAG. (Decidida.) Bien, sea! Para mí la prisión, la muerte si es preciso, pero á Mauricio no; que le pongan en libertad, que viva!

SAU. Persistís en ocultarnos la verdad? (Magdalena calla.) Así sólo me resta cumplir con mi deber.

(Sube al foro á dar órdenes, bajando después.) Magdalena habéis venido aquí como testigo, y habiendo notado ciertas contradicciones en vuestra conducta, me veo obligado á arrestaros.

TOM. (Inquieta.) Arrestarla!

BANCAL. A ella! A Magdalena?

SAU. Y á vosotros también. Todos quedáis detenidos.

BANCAL. (Nos perdimos!) (Los gendarmes los rodean escoltándoles.)

TOM. Esto es una injusticia! Una iniquidad! (Se abre la puerta y aparece Bastide.) ¡Oh! señor Bastide!

ESCENA V

Los mismos BASTIDE y JANSON foro.

BAS. Señor Juez, estamos á vuestras órdenes.

TOM. Ya lo veis, señor Bastide! una familia como la nuestra honrada, inocente, y nos arrestan.

BAS. Cómo! estas buenas gentes arrestadas?

JAN. Por qué motivo?

BAS. Yo respondo de ellos!

JAN. Yo salgo su fiador.

SAU. Imposible, señores. En este asunto hay una trama de iniquidad que no me permite prescindir de ninguna de las precauciones que la ley me concede, aún de las más rigurosas! (Fingiendo aturdimiento y volubilidad.)

BAS. Diablo! Tan grave es el caso?

ESC. (Por la izquierda se acerca y habla bajo al Juez.) Señor Juez, ha venido una señora que insiste en hablaros reservadamente.

BAS. Pobres gentes! ya lo véis. No quieren admitir nuestra fianza! Con que adiós.

SAU. No, no os alejéis, señores. Esperad. Tendré que aclarar ciertas dudas.

BAS. Como gustéis (Se llevan á los Bancal. El juez se vá por la izquierda. Magdalena con el escribano separadamente.)

ESCENA VI

BASTIDE y JANSON.

JAN. Y bien, Bastide?

BAS. Y bien, Janson?

JAN. No hay duda que la justicia sigue la pista.

BAS. Sí, cierto, pero aquí estoy yo para despistarla.

JAN. Los Bancal arrestados! Nuestro secreto ya no es seguro.

BAS. Ellos tienen más interés que nosotros en callarse.

JAN. Ah! no puedo librarme de un terror secreto que me domina.

BAS. Déjate de presentimientos funestos!

JAN. Quisiera encontrarme lejos de aquí!

BAS. Al contrario, debemos estar cerca; porque espero la única persona que puede comprometernos.

JAN. Quién?

BAS. La señora Manson.

JAN. Clara! Se atreverá á delatarnos?

BAS. Necesito verla antes de que hable con el Juez. Apresurámonos á evitarlo. (Van á la puerta del foro que está cerrada.) Cerrada! Qué significa esto? (La de la derecha se abre y aparece Clara sin ver á ellos que están en el foro.)

ESCENA VII

Los mismos y CLARA derecha.

CLARA. (Para sí.) (La resolución que he tomado, calma la agitación de mi espíritu.) (Reparando en ellos.) Ah! sois vosotros?

BAS. Nos miras sin temblar. Es que acabas de denunciarnos?

CLARA. (Con entereza.) He venido aquí para salvar á un inocente!

JAN. Para perderme á mí, que por una debilidad indigna de mí, te he salvado la vida!

CLARA. No podía permitir que un inocente pierda la existencia y el honor. Mi conciencia se subleva y no la puedo acallar!

JAN. (Temblando.) Lo ha revelado todo!

CLARA. Aquí, delante de todo el mundo yo nombraré en alta voz á los culpables del crímen cometido!

BAS. (Con explosión.) Ah! no nos has nombrado todavía! Entonces ya no nos nombrares! (Dan las cuatro.)

CLARA. ¡Ah! esta es la hora que me libra hasta del último temor que pudiera atormentarme. Yo os llamaré asesinos!

BAS. Loca! Pretendes luchar con Bastide! No te acuerdas de la prenda que tenemos en rehenes?

JAN. Tu hijo!

CLARA. La hora que acaba de sonar me anuncia que está ya lejos de aquí y fuera de vuestra persecución y encono!

BAS. (Con ironía.) Bajo la custodia de un servidor fiel, no es verdad?

CLARA. De ese, sí

BAS. Andrés!

CLARA. Sí.

BAS. Que debía haber llevado á tu hijo secretamente con él, verdad?

CLARA. ¡Vírgen Santa! ¿Quién os lo ha dicho?

BAS. Los ecos de la encrucijada de Cuatro Caminos, han llegado hasta mi.

CLARA. ¡Ah! Oistéis?

BAS. Sí, todo lo oí. Tu hijo está en Ródez. Andrés

no ha ido á buscarle porque ese servidor leal y adicto...

CLARA. Qué! Acabad.

BAS. Yo le he matado!

CLARA. Ah!

BAS. Y como conocía tus planes, enseñé á Collard, nuestro cómplice, la casa donde está tú hijo. Si acaso somos descubiertos, Collard le matará; y si no podemos salvarnos, quedaremos vengados!

CLARA. (Cayendo en un sillón.) Ah! desventurada.

BAS. (A Janson.) Yo te aseguro que no nos denunciará ahora.

JAN. ¡Oh! veamos de salvarnos! (Las puertas se abren.)

BAS. No lo dudes. Atención.

ESCENA VIII

Dichos, JUEZ, EL CONDE, BANCAL, TOMASA, MAGDALENA, dos Escribanos y Gendarmes.

BAS. Señor Juez os hemos esperado, aún que por fuerza mayor, pues estaban cerradas las puertas.

SAU. Yo he mandado cerrarlas, caballero. Una persona, testigo presencial del crímen, ha venido á suplicarme que nadie saliera del Palacio de Justicia, nadie, y menos ustedes.

MAU. Y esta diligencia me atañe á mí!

SAU. Sí, señor Conde, pues os absuelve. (Sorpresa general.)

MAG. ¡Gracias, Vírgen Santísima!

SAU. Un juramento terrible había impedido la delación de la verdad hasta hoy, pero ahora vamos á conocerla. Ese crímen, al cual el señor Conde es completamente extraño, fué cometido en la calle de Hebdomadiers en casa Bancal.

TOM. (Vivamente.) Eso no es verdad!

SAU. (Severo.) Silencio! En cuanto á los nombres de los asesinos... (Acercándose á Clara.) Señora, ha pasado la hora que vos misma fijastéis. La justicia os oye y protegerá vuestras revelaciones.

CLARA. (Desesperada.) ¿Quién habla de revelaciones? Oh! no! No me digáis nada! (Con estravío.) Lo matarían! lo han jurado!

SAU. Decid la verdad, y nada temaís.

CLARA. Lo matarán como han matado al pobre Andrés. Vos no sabéis... ese buen servidor á quien han asesinado vilmente! (Se oye el organillo dentro.) ¡Ah! escuchad... escuchad. (Vivo movimiento de ansiedad.) Reconozeo el aire que toca ese organillo... Es el suyo! el de Andrés! Andrés no ha muerto!

AND. (Aparece con el brazo vendado y dice.) Herido solamente, señora.

BAS. (Aparte.) (Fatalidad!)

ESCENA IX

Los mismos, ANDRÉS, con el brazo en cabestrillo.

CLARA. ¿Y mi hijo? Qué es de mi hijo? ¿Dónde está?

AND. Tranquilizaos, está bien guardado.

CLARA. ¡Oh! se ha salvado! Salvado! Ahora ya puedo hablar! (A Janson y Bastide.) Ya puedo desenmascararos!

JAN. (Estamos perdidos!)

CLARA. Ya puedo vengarme de las torturas á que me habéis sometido. (A Sauveterre.) Mirad esos hombres. ¿No observáis su palidez? sus semblantes contraidos por la cólera y el miedo? Interrogad sus miradas y en ellas veréis el nombre de los asesinos de Fualdés!

SAU. ¿Ellos?

BAS. (Con energía.) Esta mujer está loca!

AND. (Acercándose.) Oh! no está loca, no! Pueden muy bien haber matado al señor Fualdes cuando habéis intentado asesinar á un pobre diablo como yo!

CLARA. Yo lo he visto, le he visto todo! ¡Oh! no haya piedad para ellos! Que mueran! Con mil vidas no pagarían el mal que han causado! (Se acercan los gendarmes.)

BAS. (Bajo á Janson.) (Ya no te reconvengo, pero debíamos haberla matado!)

TOM. Señor Juez, á mi marido y á mi, nos indujo la miseria... y...

BANCAL. Cállate, no blasfemes! Nosotros lo merecemos. Tú dás la culpa á la miseria, yo al vicio! Primero el robo, luego el asesinato! (A Magdalena que llora.) No llores, Magdalena, tú me compadeces, pobre niña! Tenemos el castigo de nuestra infamia próximo, y tú debes tener tu recompensa.

MAU. ¿Qué queréis decir?

BANCAL. Señor Juez, antes de comparecer ante el tribunal de Dios, quiero revelar un secreto, que no debo llevarme á la tumba conmigo. Magdalena, no tendrás que avergonzarte de este miserable, que vá á expiar su crímen. La sangre del asesino no manchará tu honra!

MAU. ¡Cómo!

BANCAL. No, señorita, yo os engañé, yo no soy vuestro padre!

MAU.
MAG. } Qué oigo!

BANCAL. Señor Conde, id á la casa de la calle de Hebdomadiers, mansión maldita donde ya no volveré á entrar más, levantad la losa que hay delante de la chimenea, debajo de ella encon-

traréis las pruebas de su nacimiento y esta circunstancia puede ser vuestra felicidad en el porvenir. Ella es vuestra prima. Si vos la amais, como ella os ama, puede ser vuestra esposa!

MAU. Magdalena!

MAG. Mauricio! (Se abrazan.)

SAU. (A los gendarmes.) Que cada cual marche á su destino. Para las almas nobles y puras la dicha. (A Clara.) Para los asesinos el castigo!

MAU. Para la víctima el sentimiento de los hombres honrados en la tierra y la corona del martirio en el Cielo!

Telón.

FIN DEL DRAMA.

Obras originales ó arregladas á la escena española

POR EL MISMO AUTOR

	Actos
El hijo del diablo	8
Las dos huérfanas	8
La hija de los traperos	7
Ricardo d' Arlington	7
La monja sangrienta	6
El correo de Lión	6
Pedro el negro ó el asalto del molino	6
Juana la maldita	6
El sacrificio de un padre	6
Los dramas de taberna	5
Las huérfanas de la caridad	5
Fualdés ó el crímen de Ródez	5
El viejo trapero de Madrid	5
La honra de una mujer	5
Las espinas de una corona	5
La Dama de las Camelias	5
Las bodas de la muerte	5
El pintor de Bohemia	5
Adriana Lecouvreur	5
Lázaro el mudo ó el pastor de Florencia	5
Los perros del monte de S. Bernardo	5
Margarita de Borgoña	5
El campanero de S. Pablo	5
La hija del esclavo	5
El Payaso	5

	Actos
D.ª Juana de Torrellas	4
El cabo Simón en la aldea de S. Lorenzo	4
La mendiga	4
El crimen del Puente rojo	4
El amor de madre	3
La muerte civil	3
Bruno el tejedor	2
Los millonarios	2
Un mort ressucitat	1
L' últim inglés	1
Tres que 'n fan quatre	1
A cop calent	1
Lluna de fél	1
Mai més fronton	1
Quan no 's te (1)	1
Lo senyor de la americana	1
Un D. Juan Tenorio a trossos	1
La filla del comendador	1
Las mitjas de la Paula	1
L' exemple	1
Gras i magre	1
En tasta olletas	1
La familia Picarol	1
Tretze dones per un nuvi	1
La marquesa del Broquil	1
Un gendre del altre mon	1
Els polvos de la hermosura	1
Les dugues estrelles	1

(1) En colaboración de J. Asmarats.

Las obras de este catálogo, no impresas, se facilitarán en el domicilio del autor, calle de la Canuda, número 15, 1.°, Barcelona.